CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ

3

PRIMER CURSO DE 1949

IDEAS Y PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO

●

Talleres de la Revista

Abril 1949



20 cts.

EDITORIAL LEX

LA HABANA

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

....

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE
se trasmiten todos los domingos de 3 a 4 p.m.
por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

Rosario Rexach

La mujer en el mundo de hoy

SI en este curso "Ideas y Problemas de Nuestro Tiempo" cabe el tema de que vamos a tratar esta tarde es, sin duda alguna, porque lo femenino constituye en nuestros días un problema; por lo que parece conveniente, antes de avanzar, penetrar en el sentido de la propia palabra problema. El diccionario la define como aquello difícil de explicar y que requiere métodos adecuados para su solución. Hay pues, en todo problema, algo entrañable, oculto, necesitado de clasificación y desvelamiento. Es decir, un misterio necesitado de verdad. Y habiendo sido desde siempre la mujer un ser misterioso y entrañable, nunca claro, estoy segura que muchos se sentirán tentados a pensar que el problema de la mujer de hoy no es sino el de siempre, el que ha constituído en todas las épocas por la propia complejidad de su psicología.

Sin embargo, Marynia Farnham y Ferdinand Lundberg, en su interesante libro "Modern Wooman: the lost sex" salen al paso de esta tentación cuando dicen: "La pregunta a hacer es la siguiente: ¿No ha habido siempre un problema femenino? De hecho sí. Es ya cosa muy corriente el que la mujer tiene un ser enigmático, indescifrable, misterioso; lo que se ha llamado de un modo vago "el eterno femenino". Pero esto, por natural, y por lo mismo que formaba parte del ser de la mujer no ocasionaba fricciones, luchas o ansiedades. Es decir, no se traducía en problema social". Y continúan: "Hoy ocurre, en cambio, que lo femenino tiene hondas repercusiones sociales y hasta los hombres se han hecho problemáticos, pues los hombres devienen problema por la mujer que los forma".

Mas, ante el hecho de que existe en la actualidad un problema femenino lo primero que debemos preguntarnos es si éste es sólo de la mujer, o si tiene un carácter más general.

Sin embargo, casi parece como si la pregunta fuese superflua. Pues todos estamos convencidos de que si por algo puede caracterizarse el mundo de hoy es por su problematicidad, es decir, por su oscuridad, por su inseguridad, por su falta de sentido. De tal modo que todos están acordes en admitir que es un mundo en crisis. Un mundo en que se han desajustado de tal modo los mecanismos individuales y sociales que el hombre no sabe a qué atenerse. Un mundo, en suma, en que —como decía el Dr. Roa en su charla— hemos desentrañado los misterios más recónditos de la naturaleza, pero en el que hemos ido perdiendo cada día más el saber acerca de nosotros mismos, hasta llegar al punto en que nos encontramos hoy en que el mayor misterio para el hombre es el hombre mismo. Lo que —dicho sea de paso— es una de las raíces del psicologismo moderno.

Así, el problema femenino actual no es más que una parte del problema con que se las tiene que haber el hombre de hoy, que es —nada menos— que volver a encontrarse a sí mismo, pues se ha perdido en la medida en que ha encontrado la naturaleza. Ahora bien, vamos a no ir de prisa si no queremos errar el camino. Analicemos un poco más despacio pues, qué es esto de encontrar la naturaleza y perderse a sí mismo.

Para ello veamos que para encontrar algo es preciso buscarlo; es decir, querer encontrarlo. Hay por tanto, detrás de todo hallazgo un afán voluntarioso, una actitud previa que se traduce en un método, en un camino. Sólo quien busca, halla. Luego, si el hombre ha encontrado la naturaleza, si ha podido penetrar en su misterio, ha sido porque lo ha querido, y porque por quererlo se dió a buscar el método para ello. Este método ha sido el método científico. El descubrimiento de la naturaleza parte pues, del deseo del hombre de desentrañarla, de desencantarla. Ahora bien, ¿qué ha tenido que hacer el hombre para darse a esa tarea? ¿Ha podido permanecer dentro de sí para ello? O; ha tenido necesidad de volverse con todas sus fuerzas hacia fuera para lograr su propósito?... Y han de convenir ustedes conmigo, estimados radioyentes, en que por poco observador que se sea de los fenómenos de la naturaleza cuando un hombre se pone frente a ellos en actitud de observarlos, se olvida de sí y se vuelve enteramente hacia fuera, hacia lo que absorbe su atención. Pues bien, pudiéramos decir que lo que le ocurre al hombre moderno es que ha fiado y puesto su ser en la naturaleza y en lo que le circunda, olvidándose de verse a sí mismo y de estudiarse. Y como consecuencia, hoy sabemos mucho de lo que está fuera de nosotros;

muy poco —tal vez menos que nunca en la historia— de nosotros mismos. Como consecuencia, el hombre moderno vive fuera de sí. Vive en lo exterior. Está enajenado, vale decir. De aquí que tema tanto a la soledad, al silencio, al sosiego, que lo pone frente a frente consigo mismo, actitud a la que no está acostumbrado, y que busque afanosamente la compañía, el ruido, el aturdimiento, el continuo hacer y quehacer. Pero, cosa curiosa, tal vez nunca ha estado el hombre más solo, más hastiado, ni más aburrido. ¿Qué ocurre? ¿Qué le está pasando al hombre de hoy que se siente más perdido que nunca en medio de un mundo que como nunca también, se le aparece lleno de posibilidades materiales?

Desentrañar el sentido de estas preguntas equivale a penetrar en la significación de la crisis que vivimos y ya muy autorizadas voces en este curso lo han hecho. Aceptemos pues, que estamos en crisis y que ésta —si algo significa— es que hay un desajuste entre el hombre y su medio. Desajuste que proviene —ya lo hemos visto— de que si bien conoce el hombre muy bien la naturaleza que le rodea y por ello puede dominarla, se conoce, en cambio, muy poco a sí mismo, y por lo tanto, no puede dominarse, dirigirse, y anda desorientado. Es decir, tiene el hombre el dominio de la naturaleza, pero ha perdido el señorío de sí. Y tiene que volver a encontrarlo si no quiere, en verdad, que su existencia sea cada vez más dramática, angustiada y difícil. Que el mal que nos agobia es mal que se ha ido gestando muy lentamente a través de toda la llamada época moderna lo prueba el hecho de que hace ya casi un siglo, el 10 de noviembre de 1852, decía el poeta Enrique Federico Amiel en su famoso Diario Intimo: "La barbarie no se encuentra ya en las fronteras, vive con nosotros, puerta con puerta... Las cosas se hacen majestuosas, pero el hombre disminuye".

Hay pues, si se quiere llegar a alguna claridad, si se quiere en verdad encontrar una luz que ilumine, que querer buscarla, pues sólo entonces se hallará. Es decir, el enigma es hoy el hombre. En buscarse, por tanto, ha de consistir su tarea. En buscarse para encontrarse. En dejar, en fin, de ser una incógnita para sí mismo.

Pero imagino que estarán ustedes pensando: ¿Y la mujer?... ¿No era de ella de quién íbamos a hablar? A eso vamos. La mujer de hoy está también, como el hombre, enajenada. También ella se ha dejado llevar por el mundo de la técnica y ha fiado su vida a los mecanismos que emergen de la sabiduría de la naturaleza. También ella está descentrada y ha cifrado su gloria en lo que es externo: la belleza aparente, la riqueza, el lujo, el valer social, el placer exterior, la frivolidad, el éxito fácil, el derecho político. Vista desde fuera su situación parece un triunfo. Pero

si penetramos en su interior descubriremos cuánto desaliento, angustia y soledad anidan en su alma. Y es que ella es también víctima de la enajenación, de este vivir fuera de sí, en lo exterior, que es característica del hombre de hoy.

Y el camino para volverse a encontrar y a ser feliz no puede ser otro, como para el hombre, que volver a centrarse, volver en sí; es decir, volver a su intimidad para conocerse y conociéndose, poderse dirigir en esta aventura sin igual que es la vida.

Pero al volver a su intimidad se encontrará la mujer con que ya ni siquiera sabe muy claramente quién es, ni cómo es. Vamos a ver, pues, si podemos ayudarla. Ya, presintiendo la necesidad de ello, muchos hombres y mujeres se han preocupado del problema. De hablar de cómo es el ser de la mujer. Entre las plumas destacadas que se han dedicado a la tarea tenemos entre otras, a Don Gustavo Pittaluga, a quien acabamos de oír, a Jorge Simmel, a Don José Ortega y Gasset, a Nemilow, a Gina Lombroso, a Victoria Ocampo.

Cada uno a su modo y desde su ángulo han tratado de penetrar en el modo de ser femenino para ver si introducen alguna claridad en él. Y nos parece justo decir que en lo fundamental —y con las consiguientes y aparentes contradicciones— sin embargo, coinciden.

Lo primero en que todos están acordes es en que la mujer es un ser peculiar, con características más o menos definidas que la diferencian del hombre, no sólo biológica, sino también psicológicamente.

Desentrañar pues, el modo de ser de la mujer para apreciar hasta qué punto se ha apartado de su camino parece que debe ser nuestra tarea. Ahí vamos. Pero es bueno que aclaremos que en gracia a las circunstancias, sólo haremos un esbozo del ser de la mujer, el cual es muy libre, y no cae por tanto, estrictamente, dentro de la tesis de ninguno de los autores señalados aunque la comparta en muchos casos.

¿Cómo es pues, la mujer? Conforme enumeremos sus cualidades bueno es que para mayor claridad las vayan ustedes comparando con las del hombre, pues así se les aparecerá con mayor nitidez el ser femenino.

Y al comenzar nuestro análisis nos encontramos con que la mujer es, por de pronto, un ser mucho más vital que el hombre, es decir, un ser mucho más próximo a la vida, a lo natural, a lo primario. Y como consecuencia sus demás características emanan de este hecho. Así, la mujer es, naturalmente, mucho más segura que el hombre en su medio. De ahí que sea más espontánea e impetuosa, más intolerante, más absolutista y más sincera. Como

siempre está más cerca de lo que es, que el hombre, tiene más fuerza interior, más ejecución.

De ahí que casi ninguna mujer —y ninguna cuando lo es a plenitud— tenga que dar pruebas de su feminidad; en tanto los hombres sienten y se resienten con suma frecuencia de su masculinidad y han de probarla a cada paso. De ahí que el hombre tenga como virtud suprema la conquista. La mujer, el pudor.

Por las mismas razones que emanan de su vitalidad la mujer es un ser mucho más entrañable que el hombre. Todo se hace para ella íntimo, cosa de su entraña; y por lo mismo, misterioso para los demás. Detrás de cada alma de mujer hay un mundo insospechado de vivencias que aflora apenas a la superficie en una sonrisa, en un gesto de la mano, en una mirada. La mujer es por tanto, un ser de intimidad. La requiere mucho más que el hombre. De ahí que sea quien funda y da estabilidad al hogar y por tanto quien introduce paz y refugio en la vida humana. De aquí también lo difícil que resulta para toda mujer la convivencia con otras mujeres. Es que cada una hace de su hogar un mundo a partir del centro de su intimidad.

Por su misma vitalidad, en suma, la mujer es, como ser natural, mucho más rica que el hombre. Y como para dar hay que tener, la mujer, por más rica, es también más generosa. Y de igual modo que la vida se derrama por doquier, la mujer también —cuando no se ha falseado— goza en dar mucho más que en recibir. Ser generosa es una forma última y radical de ser mujer. De ahí que el hombre, frente a ella, resulte siempre egoísta. Y consecuentemente, también en la capacidad de sacrificio y de amor es la mujer superior al hombre. Ahora bien, toda generosidad, todo darse en amor y sacrificio es un acto de gracia. Es pues, la gracia, la cualidad última, que alimentándose de su vitalidad, aflora en el alma de la mujer. De ahí que sea ese como el rasgo distintivo de la feminidad: la gracia, que no es belleza en sí, sino la forma pura de expresión en que toda auténtica mujer se manifiesta. Puede una mujer de verdad no ser bella, pero a buen seguro que será siempre graciosa. En cambio, muchas bellezas hay a quienes nadie llamaría graciosas, precisamente, porque no son ni actúan en verdad como mujeres, sino que son esos maniquíes vivientes que todos presentimos huecos de ese aliento que hay detrás de todo lo que de verdad es.

Si esto es así ¿en dónde está el problema de la mujer de hoy? y ¿dónde el camino para superar su crisis? Pues el problema está en haber abandonado ése su modo primitivo de ser, para ser una cosa distinta y por tanto, sólo una pseudo-mujer; una mujer únicamente en la forma no en el fondo último de su ser. Es decir, el pecado de la mujer de hoy y la raíz de su problema está en haber

dejado de ser vital, en ser demasiado tolerante, en no tener por virtud la sinceridad, en ser débil de carácter —la auténtica mujer es siempre más fuerte que el hombre dentro de su aparente fragilidad— en ser egoísta, en haber perdido su capacidad de amor y sacrificio, en haber perdido en suma, su gracia. De ahí que las mujeres que hoy podemos llamar problema fíen su encanto todo al salón de belleza y a la gimnasia, es decir, a lo externo y que confieran muy poca atención al cultivo de esa intimidad que es precisamente donde está toda su autenticidad. De ahí que nunca haya sido tan efímero como hoy el encanto de las mujeres.

Y eso explica también que las únicas mujeres a quienes vemos hoy radiantes y felices sean aquéllas a quienes una feminidad bien desarrollada les ha permitido ser lo que en verdad son. De ahí que, pese a todo, aun haya mujeres llenas de gracia en el mundo, mujeres en verdad, que son, en la medida en que un ser humano puede serlo, mujeres felices. Y Cuba, es un orgullo decirlo, es en este aspecto tierra de privilegio.

Mas, ya hemos visto como es una mujer cuando es en verdad mujer. Pero ¿cómo actúa esa mujer? ¿Cómo se manifiesta? Pues vivificando. Llenando de vida todo cuanto toca, porque parece que la maternidad de la mujer no deba agotarse en lo biológico, sino que es función que irradia a toda la vida espiritual. Y si dar vida es la misión radical de la mujer ¿no parece lógico que veamos muy sucintamente qué es lo que implica toda vida? Por de pronto, toda vida supone un ambiente en que arraigarse y una meta a que aspirar. El ambiente da refugio y sostén, es remanso y es paz. La meta es distante y siempre alta. Alcanzarla requiere esfuerzo sostenido, disciplina. Vivir es, pues, lanzarse desde una raíz que nos sostiene a alcanzar una plenitud que nos estimula y nos obliga. Por eso vivir para el hombre es hacer, esforzarse, lograr cada día un nivel más alto, una vida que sea más vida. Pues bien, si la mujer ha de llenar en el mundo íntegramente su función, ha de ser todo eso a un tiempo y serlo con gracia; con feminidad genuina. Ha de ser, de un lado, el hada protectora que provea al hombre del ambiente apacible en que pueda sentirse seguro. Es básico pues, para una mujer, saber ambientar; quiere decir, saber acunar, proteger, cuidar, a aquéllos con quienes convive. Este es el profundo sentido del hogar. Y la mujer de hoy ha de pretender —lo está pretendiendo en su mejor representación— hacer no sólo de su casa, sino también del mundo, un hogar.

¡Ah, pero debe también la mujer ser esa criatura exigente que plantee al hombre cada día un estilo más alto de vida, un ideal más pleno! Pues sólo así le ayudará a crecer. Y vida es crecimiento. Debe pues, la mujer, ser exigente. Plantear a la comunidad en que vive —desde la familia hasta la sociedad— la exigen-

cia moral como el más apetecido homenaje. Ortega ha visto muy claro esto cuando dice: "A mi juicio es ésta la suprema misión de la mujer sobre la tierra: exigir, exigir la perfección del hombre".

Y ahora, si se medita bien, se verá que la gran acción de la mujer consiste en educar, en forjar hombres. De aquí que el sentido de su existencia pueda resumirse en esta metáfora: ser ala y raíz de la vida humana. Ala para alcanzar la altura a que toda vida digna aspira, raíz para no perderse en ella y sucumbir. De ahí que tenga tanta razón Victoria Ocampo al decir: "Mujeres, eso es lo que importa. El hombre está en vuestras manos, puesto que desde la entraña se os entrega. Y el hombre es moldeado por vosotras".

A lo que yo me permito añadir: Mujeres, la esperanza de Cuba y del mundo está en nosotras.

BIBLIOGRAFIA

Lombroso, Gina. El alma de la mujer.
Nemilow, A. La tragedia biológica de la mujer.
Ocampo, Victoria. Prólogo al libro "El Despuntar de una vida" de Victoria Ocampo.
Ortega y Gasset, José. Epílogo al libro "De Francesca a Beatrice" de Victoria Ocampo. Obras Completas de Ortega. Tomo III.
Pittaluga, Gustavo. Grandeza y Servidumbre de la Mujer.
Simmel, Jorge. Filosofía de la Coquetería y otros ensayos. Revista de Occidente.

•

Gustavo Pittaluga

La Biología y los problemas de nuestro tiempo

LA Biología nace, como Ciencia, definida por Lamarck, a fines del siglo XVIII. Hemos andado mucho camino desde entonces. Para los "naturalistas", hasta los comienzos del siglo XIX, la vida era un espectáculo. Observaban, describían y clasificaban los fenómenos vitales, las plantas, los animales, los seres humanos. Para los biólogos, a partir de entonces, la vida es un problema, una incógnita a resolver, un enigma que sólo ofrece los aspectos externos de su íntima esencia. La Biología quiere penetrar en la esencia de la vida. Esta ambición ha sido su gloria, su fatiga y su drama. Cuando pareció evidente la inanidad de este esfuerzo, la Biología cambió de rumbo y se dedicó a descubrir una finalidad de perfección en la vida. Este principio, aplicado a la vida humana, abría las puertas a la Biología para una intervención de insospechados alcances en la conducta, en las ideas y en las normas de convivencia de las colectividades humanas.

El que sintió con mayor claridad y vehemencia esta tendencia filosófica y moral de la Biología fué Augusto Comte (1798-1857). Con él nace también y en él se debate, hasta su muerte, el conflicto angustioso para descubrir las leyes de una "moral biológica", entre la "necesidad" y la "libertad". Necesidad de las condiciones físico químicas de la vida. Inexorable necesidad de los elementos celulares que constituyen el ser viviente y la misma persona humana. Libertad de las formas, de los modos, de las reacciones y adaptaciones del ser. Insobornable libertad del ser humano, de su conciencia, para satisfacer aquellas necesidades, modificarlas o sortearlas, ahogarlas en la austeridad y la absten-

ción o enriquecerlas con los más descabellados ensueños **de la belleza** y de la conquista.

Frente a este dilema, una "moral biológica" había de fundarse, forzosamente, en una "concepción hedonística de la vida". Determinar las leyes vitales en función de una posible felicidad. Este fué el programa de la Biología en el siglo XIX. Su influencia sigue ejerciéndose en el mismo sentido.

En la sucesión innumerable de los trabajos que señalan el tránsito y el enlace entre las cuatro fases sucesivas de la Biología, la fase **microbiológica,** la **fisiológica,** la **psicológica** y la **sociológica,** —se descubre la evolución del pensamiento peculiar del siglo XIX. No es difícil darse cuenta de la mudanza de las ideas del hombre común, del común de las gentes, acarreada por la inmensa tarea llevada a cabo en cada una de estas ramas de la Biología. Con el estudio de los seres microscópicos y de las células, esto es de la **microbiología,** se afianza la noción de la **comunidad del hombre con la naturaleza viviente.** Al propio tiempo, en cierto modo en antítesis con esa sensación de comunidad, surge y se afirma por los insospechados avances de la microbiología aplicada, el **sentimiento de una solidaridad humana frente al mundo de los seres invisibles,** que acechan al hombre con la amenaza de las infecciones, de las epidemias, de los virus, contra los cuales la sociedad se siente ahora armada mancomunadamente, amparada por las instituciones que han de ejercer una acción protectora para todos los individuos de la comunidad. Es este un beneficio innegable de la Biología. Hablo, bien entendido, del beneficio moral.

Por otra parte, se establece firmemente como idea central del siglo XIX, la **idea del progreso.** Ya adoptada en parte y formulada por los enciclopedistas del siglo XVIII, encuentra su apoyo en los grandes biólogos del siglo XIX, —Darwin, Spencer, Claude Bernard,— y se transforma en una **creencia. Evolución** y **progreso** no son ciertamente sinónimos. Pero la mente humana otorga una finalidad a la evolución de las formas. Este es el **progreso.** Acertada o no, esta creencia, todavía vigente, ha dado a las sociedades humanas durante más de un siglo, nuevos ímpetus de creación.

¿Cuál ha sido la influencia de la Biología sobre el **sentimiento religioso** del hombre medio? Sin duda lo ha despojado en gran parte de su ropaje mágico y supersticioso. Pero no ha aminorado en nada, sino al contrario, ha confirmado con renovada intensidad el sentido sagrado, la religiosidad con que el alma humana se inclina ante las incógnitas del Universo y de la vida. La idea del "progreso" es una forma laica del pensamiento religioso. Uno de los grandes Pontífices del siglo XIX, León XIII, lo reconoció explícitamente en una Encíclica famosa.

Las ciencias afines, nacidas del tronco de la Biología, —la Antropología, la Etnografía,— han desentrañado, en los ritos y costumbres de los pueblos primitivos, los móviles de la formación de los sentimientos sociales y de las normas de conducta en las primeras comunidades humanas, y del conjunto de estos datos ha surgido la noción de una **relatividad de las ideas morales**, que se opone en cierto modo a las morales teóricas y que ejerce, desde comienzos del siglo XX, una evidente influencia sobre la estructura jurídica de la sociedad.

Otras ciencias ligadas con la Biología, la Medicina, la Psiquiatría, la Psicología, han hecho resaltar la **jerarquía activa del subconsciente** y su intervención en la conducta, modificando en parte el sentido de la **responsabilidad** en el ser humano y otorgando un valor, menospreciado antes, a las vivencias íntimas y ocultas de la persona, como factores de su historia personal y de sus relaciones con los demás.

La Genética y la Eugenesia, ramas de la Biología, han aplicado a la especie humana las leyes de la herencia de los caracteres normales o anormales. Sobre la base de estos datos erróneamente interpretados por una vulgarización pseudo-científica e interesada, se ha sostenido con violencia la **superioridad racial** y en su nombre el predominio de ciertos pueblos sobre otros.

Tales contradicciones, —grandes aciertos y grandes errores,— surgen de la **utilización** de los descubrimientos científicos de la Biología.

Otras contradicciones acompañan al inevitable intento de transformar la Biología en una filosofía vital, en una Biofilosofía.

La vida es de suyo "azar". Lo es en su máxima expresión dialéctica. Es "riesgo". Los accidentes del azar son inherentes a la vida misma. Mas en cuanto afectan a la vida, suscitan en el ser vivo una respuesta, —una imagen del azar y una postura ante el azar—. Esta imagen y esta postura del ser viviente se trasladan en el ser humano al plano de la conciencia; y la conciencia que presiente el azar lo hace suyo, se apodera de él, lo adopta como una inexorable condición del vivir. Es el "riesgo". La vida es "azarosa", —esclava del azar—, si se la considera objetivamente como acontecimiento "natural". Mas la vida es "arriesgada", —entregada al riesgo—, si se la estima subjetivamente como una actividad del ser, en que los acontecimientos no dependen sólo de la "naturaleza" en torno, ni de las "circunstancias", sino de la mente humana también. El "riesgo" es como una imagen subjetiva del azar, que le otorga en cierto modo una categoría de "cualidad". Es el "azar" referido al "ser". Sabemos que le acompaña. Es una condición ineludible de la vida. Pero el hombre "sabe" que existe. Sabe más: sabe que "coexiste" con él. Y el ser viviente

en general, si no sabe, "siente" la presencia omnímoda del azar, la alentadora promesa o la oscura amenaza de lo "fortuito". Un bloque de piedra en vilo, desde hace siglos, sobre el borde de un precipicio, es arrancado de pronto por una ventisquera que lo empuja al fondo del abismo. Es el azar. La materia sigue impasible en torno y en la misma "naturaleza" de la piedra. Ahora observad una mula que recorre el sendero al borde del mismo precipicio. Sus pezuñas se apoyan cautelosas sobre el suelo quebradizo, y el animal avanza prudente como husmeando el peligro. Si de improviso se descarga una tormenta, la mula se vuelve recalcitrante y rehusa proseguir el camino. No quiere correr el "riesgo". Un hombre compra un billete de lotería. Cree en el "azar", que está en la suerte de los números. Pero corre el "riesgo", que consiste en el desembolso del precio de los billetes. Casi siempre pierde. Mas vuelve a la semana siguiente y acepta el riesgo de perder. Esta es la "vida".

Ahora bien: enfrentarse con el azar del riesgo significa y exige un esfuerzo. Este esfuerzo no pretende suprimir el azar. Antes al contrario: se diría que el esfuerzo se desarrolla en función del riesgo. Para el ser humano, el riesgo llega a ser un estimulante del esfuerzo. Porque en el riesgo hay un signo de libertad.

Durante el siglo XIX se apodera del mundo europeo y trasciende, claro está, al mundo americano otra idea central, —idea y creencia, que ha sido en gran parte sugerida, definida y proclamada como guía de las actividades humanas por la Biología. Es la idea del "esfuerzo" capaz de dominar el "azar".

Esta idea había nacido, en verdad, antes que la Biología y fuera del campo de esta ciencia. Había nacido con Lessing, en pleno siglo XVIII, en la época pre-romántica de Alemania. Lessing (1729-1781) había escrito en su libro sobre "La educación del género humano" (**"Die Erzienhung des Menschengeschlechts"**) publicado en 1780, que "los hombres no se miden por el éxito, sino por el esfuerzo que han dedicado a alcanzarlo". La "valoración del esfuerzo" es el fundamento de la educación, la idea directriz de Lessing.

La exaltación y exhuberancia del romanticismo ahogó esta severa doctrina pedagógica y moral en una patética entrega a las tendencias "naturales" del alma humana. Este desordenado "naturalismo" —entrega del hombre a las vivencias espontáneas del ser—, reconocía el "azar", condición objetiva de la "naturaleza", como un "sufrimiento", un "padecer" consubstancial con la naturaleza humana.

Entonces la tesis biológica, implícita en las teoría de Lamarck, se abre paso y triunfa para dominar toda la actividad intelectual del siglo XIX y llegar hasta nuestros tiempos, en que reaparece

por los tortuosos caminos del análisis psicológico de Freud, de la dramática exégesis de Heidegger y de los gritos descompuestos del existencialismo de Sartre.

La Biología, en efecto, pretende ser la "Ciencia de la Vida". Tiende, por tanto, como tal ciencia, a eliminar el azar de las leyes que rigen los fenómenos vitales. Se puede afirmar, desde este punto de vista, que todos los esfuerzos de la Biología, durante más de un siglo de investigaciones minuciosas y de admirables descubrimientos, han estado encaminados a suprimir la intervención del azar en la determinación de las series de las manifestaciones vitales. En la aplicación del "método experimental", que separa netamente a los "biólogos" de los "naturalistas", la eliminación del azar es una obligada obsesión del investigador. Cada vez que se presenta "al azar" un fenómeno accidental que interfiere en la marcha de la observación experimental, comienza y se prosigue con ahinco una nueva investigación para descubrir las "causas" del incidente casual. El esfuerzo, en esta carrera inexhausta para descubrir las causas, no sólo se transforma en una condición esencial del método, sino que adquiere la jerarquía de un principio, de un precepto axiomático. A este precepto se atribuye entonces la capacidad de vencer las fuerzas ocultas del "azar"; de suprimir el "riesgo"; de guiar la conducta de los hombres; y de conducir la mente humana, como el hilo de Ariadna a través del laberinto cretense, hacia la noción de una verdad que sea al propio tiempo un valor para la vida misma; más aún, que sea el valor intrínseco de las vivencias del ser.

Esta nueva ambición desmedida de la Biología, —bien manifiesta en algunas de las ramas colaterales de esa Ciencia, sobre todo en la Sociología y en la Psicología—, ha hecho vibrar con un ritmo frenético de inusitada intensidad el espíritu y los músculos de los hombres de la segunda mitad del siglo XIX y de esta mitad del siglo XX. Contra el azar, el esfuerzo. Contra el riesgo, el coraje. Pero el hombre comienza a darse cuenta de que ha perdido el sosiego; y que el sosiego es la única actitud que consiente desdeñar el azar sin desconocerlo y afrontar el riesgo sin provocarlo. Detrás del maravilloso panorama de las conquistas en el campo de la Biología aplicada, el secreto de la vida permanece insondable; y en la sociedad humana, en las formas diversas y opuestas de su organización, se debaten con acritud las consecuencias prácticas, sociales y políticas, que la tensión del esfuerzo, erigido en doctrina de una filosofía vital, ha creado en la convivencia y en las relaciones entre el individuo y el Estado. Los intentos de una absoluta eliminación del azar, —que en las Ciencias del siglo XIX, no sólo en la Biología, tuvo su máxima expresión en el Determinismo, esto es en la predestinación obediente de

todos los fenómenos, incluso los vitales, a leyes físico-químicas inmutables—, conducen a la organización de los Estados en que todo está previsto, ordenado e impuesto, en su propio nombre y, naturalmente, para su bien, a la masa de los individuos. Virtualmente substraídos al azar y a los riesgos de las aventuras individuales, éstos han perdido su libertad. Pues la libertad del ser humano no es otra cosa más que la posibilidad y la sensación gozosa de enfrentarse con el azar y de superar los riesgos con la propia iniciativa. En frente de esas situaciones, estallan las voces anárquicas; pues la anarquía no es otra cosa que la libre respuesta individual contra el azar de las circunstancias y los riesgos de la necesidad. Se oyen, en el tumulto de los conflictos actuales, las voces desesperadas, que repiten la fórmula ideal del poeta: "El riesgo es el ala de la vida sublime". Y en medio, entre los dos extremos el resto de los mortales se debate, con el consejo de la misma Biología, en la búsqueda de un ajuste que le permita vivir, con un esfuerzo adecuado a los resultados, una vida ennoblecida por el arte, que es en verdad el signo del máximo riesgo del espíritu humano para superar la naturaleza con el ensueño. La Biología, en efecto, ha aprendido a moderar sus ambiciones. El estudio de la vida, —sin la pretensión de desentrañar su origen y su esencia; sin la esperanza de ofrecerle la perfección—, le ha enseñado cuán variado y asombroso en sus resultados ha sido, a lo largo de los milenios, el lento camino de las adaptaciones. Ninguna de las especies vivientes en las lejanas épocas prehistóricas y paleozoicas ha sobrevivido si no ha sabido adaptarse: sortear los riesgos adaptándose a las necesidades. Lo que en las especies vivientes es adaptarse, en la mente y en la conducta del hombre es **transigir.** Esta es la lección de la Biología.

Ramiro Guerra

Orientaciones recientes sobre la teoría histórica

UN sumario de las orientaciones recientes sobre la teoría histórica, puede exponerse desde dos puntos de vista, principalmente. Uno, el del estudio de las especulaciones filosóficas sobre la historia, respecto de las cuales existe una extensa literatura. Otro, el de la forma en que la teoría se expresa, implícitamente, en las obras de un período determinado. Esta segunda manera de abordar el asunto permite apreciar directamente la forma y la extensión en que los criterios teóricos se traducen en aplicaciones prácticas, para servir de base, posteriormente, a la elaboración de nuevas teorías. Mis inclinaciones me inducen a preferir este segundo método.

Entrando ya a tratar del asunto, sin más preámbulos, procede señalar, en primer término, como una novedad en el vago período de "lo reciente", la especialización y el amplio desarrollo, como géneros históricos bien determinados, de la historia social y de la historia económica. En segundo término, debe señalarse una historiografía filosófico-científica, de la que es ejemplo singular la obra del historiador británico Arnold J. Toynbee, "Un Estudio de Historia". De un cuarto género de estudios históricos reciente, la historia de los valores, nuevo en la denominación si no en el contenido, no me será posible ir más allá de mencionarlo.

Movido cuadro de la vida diaria, el campo propio de la historia social es muy vasto. Abarca las relaciones humanas y económicas de las clases sociales, el carácter de la familia y de la vida hogareña, las condiciones del trabajo y del ocio, la actitud del hombre respecto de la naturaleza, la cultura de cada edad, y las formas, en cambio perpetuo, de la religión, la literatura y la

música, el saber y la ciencia, la manera de pensar y de sentir. La historia social no se ajusta a las divisiones de la historia política. Los hechos de la misma se producen en una marcha lenta, sin soluciones de continuidad. Fluyen sin interrupción, con raras catástrofes, por un cauce que trazan condiciones que no son exactamente las mismas de los hechos políticos.

En estrecha correlación con la historia social, la historia económica se ha desarrollado de manera aun más intensa en los años recientes. En las historias generales de más alta calidad se ha dado y se da cabida, en mayor o menor extensión, a los hechos de la historia social, la económica y la política, estrechamente interrelacionados. Ejemplos: "Grandeza y Decadencia de Roma" por Guillermo Ferrero, e "Historia de Europa en la Edad Media" por Henri Pirenne. No obstante, la solidaridad de todos los pueblos ha llegado a ser tan estrecha, que los grandes cambios de la economía alcanzan una repercusión universal. De ahí que la historia económica se desglose de la historia general y pase frecuentemente a ser historia especializada y general también.

Las divisiones de la historia económica no coinciden necesariamente con las de la historia política. Política y gobiernos hacen sentir su acción sobre la economía y se esfuerzan por intensificarla. Sin embargo, en lo fundamental, no logran alterar las condiciones del desarrollo económico, obra de la creciente solidaridad económica mundial mencionada. En historia económica se facilitan las comparaciones y las generalizaciones. Esta peculiaridad permite el establecer leyes generales, hecho que demuestra una efectiva aplicación del método científico en historia económica. Con ello los historiadores de la economía ayudan grandemente a aplicar a la historia social y a la historia política el mismo método.

Más reciente que los amplios desarrollos de la historia social y económica, es la aparición del nuevo género de historia filosófico-científica de Toynbee, en la que se destacan sobre una base enorme de hechos, las generalizaciones a que puede llegar el historiador.

En el uso del método científico, Toynbee se ha tropezado, entre otras dificultades, con la de los imprecisos límites entre Historia, Ciencia y Ficción y entre sus tres técnicas especiales: la indagación y el registro de los hechos, técnica de la historia; la elucidación de leyes generales, inferidas del estudio comparativo de los hechos, técnica de la ciencia; la utilización artística de los hechos para las creaciones imaginativas de la ficción, técnicas del drama y la novela. La historia, que usa de las tres técnicas y aspira a ser ciencia, se enfrenta con el obstáculo de que la técnica científica requiere numerosos hechos que comparar para poder inducir. La antropología, ciencia de las sociedades primitivas, ha podido

constituirse gracias a que dichas sociedades suman sobre 650. Toynbee, que no admite la existencia de una civilización universal, sino varias, sólo ha podido distinguir un corto número, lo que no lo ha retraído de generalizar, inferir y establecer ritmos causales en el desarrollo de las diferentes sociedades o civilizaciones.

Acucioso investigador de la historia de las edades más remotas, la vida y la carrera diplomática de Toynbee lo han llevado, señala un crítico inglés, a ponerse en contacto durante largos años con las fuerzas y las influencias que se hacen sentir en la línea limítrofe de las civilizaciones. Su atención se divide entre Este y Oeste, usados ambos términos no en su acepción geográfica, sino en la histórica, y de las profundidades de su pensamiento han surgido problemas históricos de cósmica magnitud. El historiador no fija su mirada en Asuntos Especiales o Períodos Especiales. Engolfado en lo que uno de sus connacionales ha llamado su "deambular a través de las centurias", el Dr. Toynbee se halla igualmente a sus anchas, en el antiquísimo imperio Sumérico, 3,500 años antes de Cristo, en el de los Turcos Osmalíes, o en los de las grandes potencias de la historia contemporánea.

El Estado Nacional no es la unidad inteligible del estudio histórico para Toynbee. No lo es tampoco una civilización única a través de las edades, tal como la ha escrito H. G. Wells; ni la historia de las civilizaciones desarrolladas como organismos, en ciclos siempre iguales de génesis, juventud, madurez e irremediable decadencia, según el postulado pesimista de Spengler. Las unidades de estudio inteligible de la historia para Toynbee, son las grandes sociedades humanas o civilizaciones en las que los elementos integrantes son naciones y pueblos. La historia británica le sirve de ilustración. Cada capítulo de esa historia es parte de otra más vasta, la historia de la Cristiandad Occidental, de la que la Gran Bretaña es un miembro, y en la que las experiencias británicas son experiencias de otros muchos participantes. De esas grandes sociedades, Toynbee ha distinguido 21, divididas en dos grupos. Seis que han emergido directamente de la vida primitiva, y 15 filiales de otras civilizaciones precedentes o matrices; con más, tres civilizaciones abortivas y cuatro estancadas. ¿Cómo surgen las civilizaciones de un tipo y del otro de los dos que distingue Toynbee? ¿Cómo se desarrollan? ¿Cuáles son las causas de su quebranto o de su caída, que en el lenguaje de Toynbee significan sólo terminación del crecimiento? ¿Cuáles las de su desintegración final? La tesis fundamental de Toynbee, es que en el surgir, el crecer, el quebrantarse y el desintegrarse de las civilizaciones pueden distinguirse ritmos causales o modos genera-

les de desarrollo. Explicar comparativamente esos ritmos o modos, es el propósito esencial de su obra. Una sociedad no es para él un organismo llamado a extinguirse necesariamente. Es un agregado de personalidades humanas inter-relacionadas. El crecimiento, el quebranto o la desintegración, son efecto de la acción combinada de fuerzas espirituales internas, susceptibles de ser descubiertas y analizadas a la manera de como se descubren y analizan los éxitos o fracasos más salientes de la sociedad. El cisma, la escisión de ésta, en la pendiente de la desintegración, es un cisma en las almas. La cualidad fuertemente ética del pensamiento de Toynbee, lo aparta de toda concepción mecánica de la sociedad, de todo determinismo materialista, particularmente del marxismo.

¿Cuál es la diferencia esencial entre los dos tipos de sociedades establecidos por Toynbee? No consiste en la presencia o ausencia de instituciones, ni en la división del trabajo. Instituciones y división del trabajo existen en todas las sociedades aún las más primitivas. Toynbee encuentra la diferencia en la disinta dirección que toma el mimetismo o imitación, hecho genérico de toda vida social, operante lo mismo en las sociedades primitivas que en las de más altos niveles de civilización. En las sociedades que emergen de la vida primitiva, la imitación mira hacia atrás, hacia la experiencia de la generación más vieja, hacia los antepasados muertos. En las sociedades que brotan de otras precedentes o matrices, la imitación se dirige de preferencia hacia personalidades y minorías dotadas de un gran poder de creación, hacia los innovadores y los pioneers. Roto el grillete de la costumbre y de la tradición, la sociedad mira adelante, no al pasado. Entra de esa manera en un avance dinámico, de cambio y crecimiento. El ritmo alternante de lo estático y de lo dinámico, de movimiento, pausa y movimiento, ha sido mirado por muchos observadores en muchas y muy distintas edades de la humanidad, como algo fundamental en la naturaleza del universo. En las maravillosas creaciones de su imaginación, los sabios de la antiquísima civilización del valle del río Amarillo en el Lejano Oriente, antecesora de la de China, descubrieron dicha alternancia en términos de **Yin y Yang.** Yin, lo estático, Yang, lo dinámico.

Yin es un estado de perfección en su ambiente natural. Adán y Eva, son perfectos en su inocencia y bienestar. Gretchen, las Danaides y todas las demás vírgenes, perfectas en belleza y en pureza. Job, es perfecto en bondad y prosperidad. Fausto, perfecto en sabiduría. En el universo de los antiguos astrónomos, el Sol es perfecto en su órbita, que recorre de manera invariable a perpetuidad. Completo Yin, hállase listo, vale decir, para pasar a Yang. Es evidente, no obstante, que en un estado perfecto por defini-

ción, un cambio sólo puede iniciarse por un impulso o motivo procedente de afuera. El advenimiento de Yang, débese a una causa externa, a un "reto" o "desafío" del exterior, que provoca una respuesta. Ni los factores biológicos —la raza— ni el ambiente geográfico, proporcionan por sí mismos la explicación del paso de Yin a Yang. Toynbee lo descubre en el efecto de una inter-acción de ambos factores, unidos a otros varios. La llave del problema explicativo la ofrecen, tal es su tesis, los grandes mitos de la humanidad, en los que dos personalidades sobrehumanas se encuentran frente a frente: Jehová y la Serpiente, en el Génesis; Ormuz y Arimán; el Señor y Satanás, en el libro de Job. De esa manera, Toynbee sugiere, alegóricamente, que en la inter-acción de un "reto y una respuesta" es donde hay que buscar el movimiento de la sociedad hacia lo alto, el paso del estado estático al dinámico. El reto puede ser un profundo cambio físico. La desecación de Afrasia a la terminación del Período Glacial, en el Viejo Mundo, es un ejemplo de reto físico. Retos de esa clase conducen a la extinción de las comunidades que rehusan moverse, o a un cambio completo de "habitat" y de manera de vivir, caso de las civilizaciones egipcia y sumérica. Los meros recolectores de alimentos y los cazadores, se convierten en cultivadores. Abandonan sus llanuras herbáceas, se instalan en el fondo de valles cubiertos de bosques pantanosos, y hacen del Valle del Nilo la tierra de Egipto y de los del Eufrates y del Tigris, la tierra de Shinar.

El quebrantamiento de la sociedad o de la civilización, débese al fracaso de la autodeterminación, en períodos de trastornos o desajustes, provocados por uno o varios retos exteriores, períodos que denomina Toynbee **Time of Troubles,** Tiempo de Trastornos o dificultades, pudiéramos traducirlo. Si los retos no son contestados victoriosamente en el tiempo de trastornos, se entra en una fase de quebrantamiento de la sociedad, caracterizada por el cisma o escisión de ésta, rota su unidad interna, en una minoría dominante, y un "proletariado" interno, que retrocede y finalmente acaba por libertarse. Toynbee usa el término proletariado para designar elementos que están dentro del ámbito de la sociedad, pero no en ella realmente, dado que ya no hay personalidades o minoría creadoras que se hagan seguir. El historiador británico distingue también un "proletariado externo", que puede invadir la sociedad. Los bárbaros, para griegos y romanos.

Entre las causas del fracaso de la auto-determinación, enumeradas detalladamente por Toynbee, éste destaca tres fundamentales: la idolatría de una personalidad efímera; la idolatría de una institución efímera también; y la idolatría de una técnica igualmente pasajera. Ya en la pendiente de la caída, después de

dos o tres fracasos anteriores, embriagada la sociedad por un éxito temporal sobre un reto, pierde el balance mental y moral. Ciegos impulsos ingobernables arrastran entonces las almas descentradas a chocar con lo imposible. En su propósito de mantenerse, la minoría dominante crea un imperio universal apoyado en la fuerza. Se crea, asímismo, una Iglesia propia, y termina por encontrar su Némesis en la aparición del militarismo. Fiado éste en su propio poder y su habilidad, arrastra la civilización al sistema social —antisocial sería más correcto decir— en el que se intenta resolver todas las disputas por medio de la espada de los militares. El fracaso final de todos los imperios, concluye Toynbee, es prueba de que, según reza una milenaria sentencia, quien usa de la espada por la espada perece inexorablemente.

No es posible en una disertación de minutos seguir a Toynbee en el estudio detallado de los procesos de origen, crecimiento, quebranto y desintegración de las civilizaciones. Tampoco cabe hacer referencia a la fase que atraviesan las civilizaciones actualmente existentes, ni sobre el posible destino de las mismas. Para ello necesitaríase un curso entero como el que acaba de ofrecer recientemente en Madrid Don José Ortega y Gasset. Termino manifestando que si se me preguntase sobre una obra modelo de historia social, recomendaría sin vacilar la "English Social History", de G. M. Trevelyan. En Cuba puede citarse como obra del género "Pinar del Río", de Emeterio Santovenia, si bien Santovenia lleva adelante paralelamente la historia social, la económica y la política de su provincia. El libro "La Habana de Cecilia Valdés" por Loló de la Torriente es otro ejemplo de historia social, circunscrita a un corto período de la historia de una ciudad. En historia económica especializada y general, contamos con la "Historia Económica de Cuba" por H. E. Friendlander, valiosa pero con grandes lagunas en sus primeros capítulos y su parte final. De historia de sectores especiales de la economía, sirve de ejemplo "El Café", de Francisco Pérez de la Riva. A Toynbee puede estudiársele en su "A Study of History", obra admirable, la cual, no obstante, ha sido objeto de severas críticas en la Gran Bretaña, cuna, como es sabido, de grandes e ilustres historiadores.

•

Francisco Ichaso

Los nuevos instrumentos de la opinión pública

LO primero con que nos encontramos al abordar el tema que se nos ha asignado, es que la avidez de información se presenta como inherente a la naturaleza humana. Puede decirse que es uno de los rasgos característicos del ser social e histórico que es el hombre.

El habitante superior del planeta se distingue, entre otros atributos, de los demás en que es capaz de considerar el mundo como una noticia. Mientras el animal constituye una especie de simbiosis con sus circunstancias, el hombre se separa de ellas y las aproxima o aleja a su voluntad para proporcionarse una perspectiva histórica. De este modo la realidad que lo rodea se le presenta bajo especie de estímulo, dato, mensaje. El hombre trata primero de indagar lo que pasa fuera de sí, para acabar indagando en su propio yo. En este proceso de lo exterior a lo interior llega a convertirse él mismo en una realidad perfectamente describible, en un suceso, en una noticia.

Cabe, por lo tanto, suponer que el arte y la ciencia de la información son tan viejos como la aparición del hombre en el mundo. Aquel corredor de Maratón que se desplomó con el corazón roto después de haber dado a sus conciudadanos la noticia de la victoria de Milciades sobre los persas, fué el primer mártir del reportaje y como tal debiera tener una lápida en los sindicatos periodísticos y en las redacciones modernas.

En las civilizaciones más antiguas hallamos rastros de una organización informativa no por rudimentaria exenta de interés. Las postas, los heraldos, los pregoneros, hasta los juglares, ya con

un sentido folklórico, poético, se nos aparecen como los remotos precursores del periodismo oral de nuestros tiempos. Es fama que el emperador Moctezuma tenía tan bien organizado su servicio de mensajeros de un extremo a otro del país que diariamente podía comer pescado fresco del Pacífico o del Atlántico y de paso saber todo lo que acontecía en su vasto imperio.

El primer embrión del periódico fué la noticia manuscrita. En 1275 se publicó en Inglaterra una ordenanza real contra los propagadores de noticias falsas. Se deduce de esto que ya en el siglo XIII este tipo de información, confiada a diestros y rápidos pendolistas y de circulación forzosamente limitada, respondía a un sistema que contaba con reporteros, redactores y distribuidores profesionales y que cultivaba, al igual que hoy, el embuste y el sensacionalismo.

La invención de la imprenta sustituye la noticia manuscrita por la noticia impresa y significa un paso decisivo de avance hacia la prensa periódica. Durante mucho tiempo estos noticieros primitivos veían la luz de una manera esporádica, cuando había algo importante que difundir, y carecían por lo tanto de la periodicidad, que es lo que ha de dar carácter a la prensa propiamente dicha. La hoja impresa no adquiere verdadera preponderancia social hasta que reduce su periodicidad a las veinticuatro horas y surge audaz y fulminante el diario. Se han señalado como fechas de este importante acontecimiento la de 1702 en Inglaterra, la de 1777 en Francia y la de 1784 en los Estados Unidos. A partir de 1789 hay ya periódicos diarios en casi toda la Europa occidental y en la América del Norte.

Pero el auge del diarismo es inseparable de las revoluciones políticas que derribaron el absolutismo, abriendo paso a la democracia, y de la revolución industrial que subsiguió a ellas. El periodismo como empresa económica y como función social está ligado a estos dos factores: la promoción de las masas al primer plano de la historia y los extraordinarios progresos en el arte de la impresión. La época de las grandes tiradas coincide con la hegemonía burguesa y la elevación del nivel cultural de las clases trabajadoras. Y lo que hace posible que el periódico pueda responder a una demanda de ilimitado crecimiento es la invención del linotipo, de la rotativa y de los nuevos procedimientos del fotograbado. En 1814 John Walker, director del Times de Londres, podía anunciar a sus lectores el estreno de una máquina de imprimir que le permitía tirar mil cien ejemplares en una hora.

A medida que la prensa se acerca en eficacia y poderío a lo que es actualmente, se va transformando de vehículo elemental para satisfacer la espontánea curiosidad de las gentes en compli-

cado instrumento de la opinión pública. No se limitará, pues, el periódico a insertar en sus páginas noticias, avisos, artículos literarios y otros materiales de ilustración y entretenimiento, sino que perseguirá estos dos fines esenciales: captar la opinión pública y contribuir a su formación y orientación. A partir de las revoluciones norteamericana y francesa, los regímenes absolutos que imponían desde arriba su voluntad al pueblo, se baten en retirada y van dejando el campo a los llamados regímenes consultivos, es decir, a los que buscan en el consentimiento del pueblo las raíces de su legitimidad. La democracia, meta última de esta evolución, es un sistema que se apoya en la voluntad popular; pero es erróneo suponer que esta voluntad se manifiesta sólo a través del sufragio y por medio de los partidos políticos. Lo que el pueblo piensa, siente y anhela sale a la calle cotidianamente bajo la forma de esa atmósfera misteriosa y en extremo sensible que es la opinión pública. Para que un gobierno pueda llamarse legítimamente democrático no basta que sea el resultado de una elección efectiva, sobre el principio del sufragio universal, sino que es necesario que vigile y atienda los llamados "movimientos de opinión", que constituyen prácticamente un plebiscito cotidiano.

En los regímenes populares esas corrientes de la opinión pública representan el material informativo que con más avidez persigue el ciudadano. De ahí que la prensa no sea en los tiempos actuales una mera hoja de noticias, sino un instrumento de la opinión pública, que unas veces se limita a reflejarla y otras veces la promueve, encauza y dirige.

Los grandes teóricos de las revoluciones norteamericana y francesa comprendieron el papel preponderante que iba a alcanzar la prensa en los nuevos tiempos y de ahí que tratasen de asegurar su eficacia y su fuerza por medio de la libertad. Al reunirse los Estados Generales, Mirabeau aconsejaba lo siguiente a los miembros de sus tres ramas: "Que la primera de vuestras leyes consagre para siempre la libertad de prensa, sin la cual las otras nunca serán conquistadas".

La prensa como instrumento de la opinión pública sólo sirve a sus fines en un clima de libertad. Los regímenes dictatoriales o de carácter totalitario lo primero que hacen es amordazar la prensa sometiendo sus informaciones y comentarios a una rígida censura. Saben ellos que una prensa libre, que recogiese los verdaderos anhelos ciudadanos, desataría una revolución invencible contra el sistema. Es una puerilidad que los gobiernos de esta índole pretendan pasar por democráticos fingiendo consultas periódicas a la nación, a través del plebiscito, el referéndum y hasta el propio sufragio. De nada vale que se permita la constitución de par-

tidos y se organicen unas elecciones más o menos restringidas, si previamente no se ha permitido la creación de una opinión pública y la ventilación en ella de los problemas nacionales, con la colaboración indispensable de una prensa libre.

Debemos reconocer, sin embargo, que la libertad de la prensa ha sido en todos los tiempos una cosa relativa. Un gran periódico moderno no es sólo un poderoso órgano de opinión: es además una empresa mercantil. Esto limita sus movimientos y mediatiza en cierto modo sus criterios a los importantes intereses financieros que sobre la publicación gravitan. Es la lucha perenne entre lo que nuestro Márquez Sterling llamaba el "periodismo de fábrica" y "el periodismo de ideas". Pero siempre es preferible la autocensura con que las empresas periodísticas restringen a veces su propia libertad a la censura coactiva impuesta por los gobiernos de tipo autoritario. Por muy mercantilizado que esté un periódico, posee siempre un margen de independencia que le permite ser útil a la sociedad. Los periódicos sometidos de grado o por fuerza a un dictador carecen por completo de ese mínimum de libertad sin el cual le es imposible a la prensa cumplir sus fines de información y orientación.

Durante mucho tiempo, hasta muy entrado este siglo, la prensa escrita ha sido el instrumento por excelencia de la opinión pública. Al inventarse la radiodifusión surge un nuevo y poderoso vehículo. El periodismo oral de los tiempos primitivos, suplantado por la noticia manuscrita primero y por la noticia impresa después, renace con insólita pujanza y ejerce una extraordinaria influencia sobre las multitudes, creando nuevas apetencias y nuevas modalidades en la opinión pública.

La voz humana posee una fuerza, una dramaticidad y una eficacia extraordinaria; pero durante mucho tiempo tropezó con el inconveniente de su limitadísimo radio de acción. Un orador elocuente podía persuadir a un grupo de personas congregado en una sala y enardecerlo en favor o en contra de una causa determinada. La invención del altoparlante hizo posible proyectar la voz humana sobre multitudes de cincuenta mil personas reunidas al aire libre. Fué el procedimiento utilizado por los dictadores para engañar a sus pueblos y moverlos a una guerra injusta, de falsas reivindicaciones. Porque no puede dejar de reconocerse que esa capacidad de enardecimiento de la expresión oral puede aplicarse igualmente a lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. Sólo la evolución de la conciencia humana permitirá orientar esta forma de comunicación en el sentido de la verdad, la justicia y el bienestar colectivo.

La radiodifusión posee una ilimitada fuerza expansiva. No exige, como los discursos amplificados, la presencia física de grandes masas en un lugar determinado. La audiencia de las transmisiones radiales está esparcida por todo el ámbito de una nación y hasta mucho más allá de sus fronteras. Puede ser incluso una audiencia mundial.

Los noticieros radiales le han quitado a la prensa escrita la exclusividad de lo que se llama en términos periodísticos el "flash", es decir, el primer comunicado brevísimo sobre un suceso cualquiera de importancia. Antiguamente cuando se producía una gran noticia en el tiempo que mediaba entre una edición y otra de un periódico, éste lanzaba a la calle, en término de horas, un suplemento para informar al público con la debida premura. Hoy esto no resulta necesario. Un hecho cualquiera, ocurrido en cualquier parte del mundo, es conocido a los pocos minutos en todas partes gracias a la celeridad de la radiodifusión. Las noticias circulan actualmente por el planeta a una velocidad semejante a la de la luz.

La radio ha ensanchado las fronteras de la opinión pública y ha hecho que ésta sea, aún en pueblos de bajo nivel cultural, más sensitiva, acuciosa y alerta. En el orden de la cultura, este nuevo vehículo de expresión puede prestar servicios eminentes, cuando las empresas que lo dirigen saben respetar y cumplir sus fines de utilidad pública. Esta misma Universidad del Aire, sostenida sin un propósito lucrativo por la CMQ, es una prueba de la obra de divulgación de ideas, de estímulo a la curiosidad inteligente y de afinamiento de la sensibilidad que puede llevarse a cabo a través de las ondas.

La televisión, incorporando a la palabra la imagen en movimiento, está llamada a completar la función informadora de la radio. Ya el cine, a través de sus noticiarios, nos ofrece con bastante rapidez informaciones gráficas de la actualidad universal, que producen en las multitudes una impresión difícil de superar. El arma espiritual más eficiente que se ha esgrimido contra el nazifascismo es esa serie de películas documentales que se han rodado en los campos de concentración y en otros centros de denigración y de tortura y que evidencian los métodos de terror puestos en práctica por los regímenes totalitarios. La televisión y el cine son instrumentos de la opinión pública que todavía no han sido utilizados en proporción con sus extraordinarias posibilidades. La feliz alianza de la palabra y de la imagen está llamada a crear en lo futuro estados de conciencia colectivos que seguramente serán favorables al progreso material y espiritual de la humanidad.

Ultimamente se ha venido operando sobre la opinión pública a través de los métodos modernos de indagación que se conocen con el nombre de "surveys". Esta forma de enquisa puede considerarse como un instrumento de la opinión pública en la misma medida en que lo es un referendum, puesto que a través de ella lo que se persigue es conocer el criterio de una comunidad humana, sobre determinadas cuestiones en un determinado tiempo. Este procedimiento, que se halla todavía en su etapa inductiva, buscando codicioso su perfección, contribuirá poderosamente a implantar un tipo de democracia más activo y constante, dentro del cual será posible percibir los cambios más sutiles de la opinión pública.

Resumiendo podemos decir que la prensa escrita y la prensa radial constituyen los grandes instrumentos actuales de la opinión pública y que de la conducta que observen y el espíritu con que actúen depende el que la humanidad salga de la presente crisis con renovadas ilusiones, nobles ideales y una alta concepción de su destino histórico.

●

Francisco Parés

El problema de Europa

SEÑORAS y señores, el título de la presente charla exige un acotamiento. Es demasiado amplio. Bajo el título general de Problema de Europa, podría hacerse desfilar la problemática total del mundo, no sólo en su aspecto político, sino también en su aspecto social, espiritual, filosófico. Europa es hoy un continente en quiebra, pero es aún un orgulloso continente: intuye que el destino del mundo se anticipa en el laboratorio de Europa. De ahí que la sonrisa europea de este siglo sea cínica, de coloso que ha perdido el mayorazgo. En las breves palabras que van a seguir será forzoso limitar la totalidad del tema a una mínima parte del problema general europeo. En el presente curso de la Universidad del Aire, el ochenta por ciento de los temas tratados y por tratar se refieren a Europa, aunque en sus títulos no figure la mención geográfica. Crisis de la cultura, geopolítica, libertad y autoritarismo, existencialismo, nuevo sentido de la democracia, etc., en concreto, dejan de tener sentido si hacen abstracción de Europa.

En consecuencia, voy a limitar el contorno del tema de esta tarde, reduciéndolo a lo siguiente: indicación somera del momento político actual del continente madre de continentes, momento político como expresión de una concreción histórica. Antes de entrar en materia, a guisa de síntesis genial, pláceme situar en el umbral de esta charla, una frase luminosa de Alfred Weber: "el pasado es el espejo del presente y el presente, el montón de fracasos del pasado". Esta frase podría ser aceptada como definición anticipada del actual problema de Europa.

* * *

Decimos: Europa. Pero decimos mal. Es imposible comprender el problema histórico-político de la Europa de hoy, si no tenemos

presente que entre los Urales, el Mediterráneo y el Atlántico, discurren por la historia, no una, sino tres Europas, geográfica, histórica, económica y culturalmente distintas y perfectamente caracterizadas. Estas tres entidades son: la Europa peninsular, que comprende las superficies fecundadas por las viejas culturas de origen greco-romano; la Europa Continental, que comprende las superficies de cultura greco-bizantina, y la Europa Central, que comprende el cuadrilátero irregular que, en oriente, queda delimitado por la línea ideal que va desde Memel hasta Galatz. Y en occidente, por la línea que va desde Emden hasta Trieste. Esta tercera Europa es un compromiso cultural y geográfico entre las dos anteriores.

Compromiso. Hemos pronunciado la palabra clave del equilibrio europeo, de la paz europea. Europa peninsular es abrupta, escasa, de clima marítimo. Sus símbolos son la aguja gótica y el arco de medio punto. La Europa continental es extensa, lenta, plana, uniforme. Sus símbolos son el tejado plano y la cúpula mágica. Europa central, oteada desde el este y el oeste por los centinelas orográficos del sistema herciano y del sistema alpino-carpático, es a la vez abrupta y llana, marítima y terrestre, tibia y helada. En ella se dan cita temperada las características de las dos Europas externas. Sus ríos típicos definen exactamente esta tercera Europa: el Oder, el Elba y sobre todo el Danubio, se encuentran a igual distancia de los ríos perezosos e inmensos de Rusia y de los ríos breves y nerviosos del occidente.

El compromiso geográfico que es Europa central culmina, andando el tiempo, en lazo de unión cultural que vincula a las dos Europas externas. En efecto, mientras las dos Europas exteriores presentan notas espirituales y raciales uniformes, Europa Central es una miscelánea. Dos razas se entrecruzan en ella: germanos y eslavos. Los germanos pertenecen a la órbita de civilización latina; no son latinos, pero se latinizaron. Grandes ramas eslavas, en contacto, fusión y lucha con los germanos, dan nacimiento a culturas, en Europa Central, equidistantes de los dos polos. Eslavos de raza y alma, pero latinos de civilización y espíritu. Basten tres ejemplos famosos: polacos, checoslovacos y croatas. La intimidad de estos tres pueblos con el este eslavo es constante, pero su evasión espiritual hacia el oeste, irrefrenable.

Compromiso, lazo de unión y biombo de seguridad. Esto es Europa Central. El compromiso facilita la penetración pacífica de las dos Europas externas. El lazo de unión santifica la convivencia de culturas. El biombo de seguridad impide el choque de Europa Continental y de Europa peninsular, por encima del cadáver de Europa Central. En consecuencia, cabe ya formular la constante,

elevada casi a categoría de ley, de la historia política de Europa: el intento de dominio de Europa Central, por parte de cualquiera de las dos Europas exteriores, determina indefectiblemente la guerra general.

Desgraciadamente, la ley histórico-política del continente europeo no ha sido seguida casi nunca por la política histórica de las dos Europas exteriores. Y "el montón de fracasos del pasado" se particulariza en la conducta del oeste y del este, constantemente, en relación a Europa Central. Las culturas de Europa peninsular y de Europa continental, una vez llegadas a su cúspide, no han podido evitar la carroña inherente de toda cultura plena: la necesidad de expansión política, por medio de las armas. Hay un momento en el destino europeo en que la espontaneidad histórica parece producir el instrumento del pacífico equilibrio de las tres Europas: en 1526, a raíz de la batalla de Mohacs, nace el Imperio Austro-húngaro, con una misión luminosa que cumplir: federar a los cien millones de habitantes de Europa Central en méritos de una libre asociación de pueblos libres, levantando así, en el corazón de Europa, un bastión infranqueable igualmente por el este y el oeste, es decir, protegiendo simultáneamente a oriente y occidente contra la fatalidad de sus futuras y mutuas agresiones.

Pero el Imperio Austro-Húngaro fracasa en su misión. En lugar de convertirse en voluntad de propio destino, militó en favor del destino germánico. Todos los intentos posteriores de reconstrucción del baluarte central, fracasan igualmente. Se intentan todos en nombre de principios distintos: en el Congreso de Viena, en nombre del legitimismo, en Versalles, en nombre del principio de nacionalidad; pero todos fracasan. Hoy la destrucción de Europa Central se realiza en nombre del principio revolucionario del comunismo. Pero legitimismo, nacionalismo y comunismo tienen un común denominador: destrucción del equilibrio europeo, prólogo de guerra indefectible.

La ley del equilibrio europeo, ya citada, puede completarse con otra: la potencia o grupo de potencias que conquisten definitivamente Europa Central, se encuentran en condiciones objetivas de conquistar el resto de Europa. De ahí que cuando una potencia occidental —Alemania por ejemplo— se lanza sobre Europa central, el resto del occidente trata de restablecer el equilibrio, declarando la guerra a Alemania, y Europa continental —Rusia— se alía a las potencias occidentales contra el enemigo convertido, por ley de historia, en enemigo momentáneamente común. Y llegamos al momento presente. En la pasada guerra mundial se ha repetido inexorablemente la fatalidad histórica, idéntica a la de 1526, idéntica a la de la epopeya napoleónica, idén-

tica a la de 1914. Con la particularidad doblemente trágica que en esta última ocasión, Alemania, asimilada la lección histórica, antes de lanzarse a la guerra en el este, tiene la precaución de destruir a las potencias occidentales de destino común. Y al ser Alemania derrotada por Rusia, Europa Central pasa bajo el dominio de Rusia, es decir, se consuma el hecho que precisamente Alemania trataba de evitar: el vuelco ruso en dirección al oeste.

El problema político-histórico actual europeo, en consecuencia, puede describirse de la siguiente manera: 1º—Europa peninsular no existe como voluntad decisoria de destino, puesto que fué destruída por Alemania antes de agredir a Rusia. 2º—Alemania, la potencia peninsular de mayor capacidad agresiva y ofensiva, tampoco existe, ni física ni espiritualmente, puesto que su guerra total contra el occidente y contra Rusia, ha determinado su derrota, también total. 3º—Europa Central, que a lo largo de cinco siglos, o fué independiente o militó en favor del occidente, se encuentra hoy dentro de la esfera de poder de Rusia, puesto que la destrucción previa del occidente y la derrota de Alemania abrieron la ruta centro-europea a las bayonetas rusas. Y 4º—Europa continental —Rusia— está condenada, por impulso irrefrenable de su cultura expansiva, a capitalizar la posesión de Europa Central en sentido antioccidental, sirviéndose de esta Europa Central en forma de ariete apuntado hacia el Atlántico y el Mediterráneo.

Es indispensable aquí abrir un inciso. Se habrán ustedes dado cuenta que la palabra comunismo ha sido pronunciada sólo una vez. No cabe en la presente charla analizar lo que el comunismo ni el sovietismo representan en el planteamiento del problema histórico-político de Europa. A guisa de resumen, sin embargo, hay que significar lo siguiente: en relación al problema de Europa, las expresiones Rusia y comunismo tienen un mismo sentido. Quiero decir que comunismo equivale a expansionismo ruso y que el principio espiritual y económico que se implica en el comunismo, se aplica en la dinámica de las tres Europas con el mismo título que aplicara Alemania su doctrina de Mitteleuropa, la Santa Alianza su doctrina de legitimismo, la Entente su principio de nacionalidad y la Gran Bretaña su principio de liberalismo. Es decir, como justificación histórica de un intento de dominio total del continente.

Naturalmente, la calidad moral del principio germanista, legitimista, liberalista, nacionalista y comunista, es distinta. Pero su función histórico-política es la misma. En cuanto a calidades morales, cabría apuntar que los principios nacidos en el occidente dimanan de la concepción cultural greco-romana, a saber, son principios decantados por siglos de cristianismo, mientras que los

principios comunistas son consecuencia, en lo esencial, de conceptos bizantinos y asiáticos, a saber, son principios negadores de la dignidad individual: Rusia no tiene Renacimiento. En cuanto a la fuerza de impacto de dichos principios, sin embargo, no debe olvidarse que el comunismo, consecuencia política del marxismo, tiene rango de movimiento universal, porque representa el único esfuerzo de interpretación histórica, de filosofía de la historia, traducida en voluntad implacable de destino, que se produce en este siglo. La interpretación histórica del occidente se debe a San Agustín y data del siglo XIII. La voluntad de destino que late en la Civitas Dei se ha secularizado con el transcurso de siete siglos. De ahí que el principio ruso de hoy, en su función de morfología cultural, disfrute de jerarquía de religión. Y cierro aquí el inciso sobre lo que representa el comunismo en el planteamiento del problema de Europa, porque siendo factor del problema, no cabe en el análisis histórico del momento actual.

Hemos dicho: Europa peninsular, el occidente propiamente dicho, en estos momentos, no es ya centro de poder: parece un meningítico que se oculta bajo las sábanas, temeroso de la luz. Disminuído en territorio, en fuerzas, se encuentra, sobre todo, disminuído en voluntades. En el otro lado de la barricada, Europa continental, Rusia, se halla a la ofensiva, en trance de digestión de Europa Central, lo que le concede los asientos estratégicos, económicos y militares indispensables a la victoria, en caso de conflicto con el oeste continental. Pues bien: en este punto se levanta una paradoja: la única esperanza de este occidente disminuído descansa en la resurrección de la potencia que fué destruída con la colaboración del propio occidente: Alemania. Alemania, que fué la causa de la destrucción de Europa peninsular, podría ser la causa de su salvación. Con lo cual queda prejuzgada la endeblez de la esperanza de occidente: no es más que, en suma, el impulso de supervivencia de dos cadáveres. Por esta razón Rusia ha planteado el incidente de Berlín: disfrutando la posesión de Berlín, Rusia hipoteca el corazón de uno de los dos cadáveres que se dicen a sí mismos: "surge et ambula".

Alemania es la gran cuestión del problema europeo de hoy. Mediante la integración de un bloque occidental con la presencia alemana se restablece un tanto el equilibrio de las tres Europas. La balanza de poderes del continente, con Alemania en el platillo occidental, concede aun la ilusión de que el fiel no se desplaza excesivamente en favor del este. Pero sin Alemania, no hay equilibrio de poderes continentales. No hay, siquiera, balanza. De ahí que Rusia haya sabido impedir, hasta el presente, la concesión del tratado de paz al ingente vencido, es decir, que haya sabido

impedir la unificación del territorio germánico. Lo mismo puede decirse de Austria, residuo macrocéfalo de aquel Imperio que no supo cumplir su misión histórica, y cuyo cuerpo territorial se halla en poder de Rusia. No habrá unidad de Alemania porque una Alemania unida podría incorporarse al bloque occidental. Y mientras Alemania sea un vacío en el centro de Europa, no existe posibilidad de paz permanente en el continente, puesto que los datos materiales señalan previamente, con su dedo, al vencedor, al único vencedor posible.

Esto es incuestionablemente verdad si se estima a Europa como un todo orgánico, cerrado, independientemente de voluntades extraeuropeas. Pero es el caso —y este es el último factor del problema europeo de hoy—, que la ruptura del equilibrio de las tres Europas hace que la dinámica europea, política e históricamente considerada, deje de ser estrictamente continental, para convertirse en planetaria. Y que el destino europeo pase a ser el problema fundamental del universo entero. Y que las fuerzas extracontinentales se vean obligadas, contra su voluntad, a tomar posiciones en relación a Europa. Y que la ley de la plasticidad europea, enunciada en la constante de las tres entidades continentales, automáticamente venga a ser preocupación máxima de Moscú, pero también de Washington. El problema de un continente se ha convertido en problema de todos los continentes.

Y ya estamos llegando a la conclusión lógica, con la que quedará cerrada, si no agotada, esta exposición elemental. La conclusión, que en forma de ley podría añadirse a las dos leyes anteriores, es la siguiente: al producirse la derrota de una de las tres Europas, en este caso la peninsular, al quedar reducida a un enclave sin posibilidades de defensa, se produce automáticamente, por parte de esta Europa en peligro, la necesidad de pedir asistencia a las potencias extracontinentales de su mismo signo cultural. Y se produce, no menos automáticamente, la necesidad, por parte de las potencias extracontinentales, de prestar ayuda a la presencia europea amenazada. Necesidad que linda con la obligación, en méritos de la propia defensa, puesto que la defensa de América, por ejemplo, se plantea en el Oder, no en tierras americanas. Tercera ley que dice: la Europa que llegue a dominar a la otra Europa exterior, además de Europa Central, se halla en el peldaño propicio al dominio mundial. Esta verdad, reconocida en términos de geopolítica, es, antes que nada, una verdad histórico-político europea.

Es completamente incomprensible la dinámica política mundial, en este siglo, si no se aceptan las tres leyes históricas europeas indicadas. Las dos primeras pertenecen al pasado. La última per-

tenece al presente. En su desconocimiento o en su observancia estriba el secreto de la paz y de la guerra en nuestra generación. Se ha producido ya un síntoma favorable. Es el siguiente, dado a manera de conclusión del problema de Europa, en forma descriptiva: puesto que la historia de Europa alberga la grandeza miserable y trágica de la historia de los Atridas, grandeza que se disuelve, allá en las regiones simbólicas de la verdad suprema: en su propia destrucción final, Europa, al renunciar a ser Europa, destruye en sí su vocación de reino universal, cediendo el cetro a otros continentes. Y en reconocimiento del fin de su reinado —parodiando a Giraudoux en "Electra"— pone su última esperanza en algo que tiene un nombre muy bello, que se llama Pacto del Atlántico.

BIBLIOGRAFIA

"Le probleme historique de l'Europe Centrale" de Louis Eisenmann. Librerie F. Alcan, Paris.
"Données d'une biologie européenne" de Jules Cambon. Librerie F. Alcan.
"Today and Destiny" A. F. Dakin.
"Prusianismo y socialismo" de O. Spengler.
"Historia de la cultura" de A. Weber, Fondo de Cultura Económica, México.
"Geopolítica", de Hans Weigert, F d C E. México.
"Les Etats Unis d'Europe" de A. Frabre-Luce, Paris.

Juan Luis Martín

Panorama de Asia en el momento actual

EN una historia sistemática de la cultura europea hallaríamos que sus gérmenes aparecen en los valles fértiles formados por los grandes ríos que cortan enormes países áridos. El rico paisaje de esos valles poco dilatados hace contraste con la monda esterilidad de las áreas contiguas. Desde pronto se forman grandes conglomerados humanos en esas bandas de rica agricultura, regida por las inundaciones periódicas, que se producen a consecuencia de las abundantes lluvias que descargan sobre las lejanas regiones húmedas en donde nacen tales ríos. La mayor densidad humana impone el amontonamiento de hábitos sociales, generados por una intensa asociación de grupos humanos y de la lucha contra las fuerzas del ambiente. Porque hay un ambiente natural y un ambiente social, que actúan sobre el hombre y que provocan en éste la reacción de sus facultades. Se enriquece, de este modo, el **hombre básico,** fundamental, igual en todas las latitudes; y se apresura paulatinamente, la experiencia de la especie.

Esa cultura que trabaja con el **modo de hacer** no posee todavía una experiencia lo bastante rica para multiplicarse indagando el **por qué del modo de hacer.** La cultura que obra según el modo de **hacer** nada más, es una **cultura recetaria.** La que opera indagando **el por qué del modo de hacer,** es una **cultura científica.** La etapa intermedia es **una cultura precientífica.**

La cultura recetaria prospera en los valles que se estiran como una cinta sobre el paisaje descarnado de los desiertos.

La cultura precientífica es un complejo cultural, en que ya intervienen los elementos repartidos por el comercio entre las áreas de formación. **La cultura precientífica** es, pues, una síntesis.

La cultura científica es ya una síntesis superior, por acumulación de acarreos culturales.

El producto que hoy llamamos **cultura occidental** tuvo sus gérmenes en los valles del Eúfrates y del Nilo. La síntesis precientífica del Egeo, de Mileto, de Crotona, de Elea, acreditada ya la fecundación de esos primeros materiales. La síntesis científica helénica es el embrión de nuestra cultura. Posiblemente, a los productos culturales del Eúfrates haya que suponerlos transportes anteriores procedentes del valle del Indo, iniciando una sedimentación.

En este examen de los primeros hechos de la cultura, dentro de los períodos históricos más antiguos que conocemos con relativa amplitud, descubrimos que no se disciernen los contrastes entre Europa y Asia, porque el mundo conocido por entonces ignora la noción de continentalidad, que aparece tardíamente.

Como conclusión de estos criterios queremos afirmar que la cultura occidental, con los hábitos intelectuales y de acción moral que contiene, fué empollada en Asia Occidental, considerando un poco a Egipto, dentro del mismo ámbito de desarrollo.

Cuando por otros acontecimientos que nos refieren los antiguos historiadores griegos se aparta el mundo helénico del mundo del Nilo y la Mesopotamia, comenzamos a destacar los efectos de contraste. Y para los tiempos de las invasiones mongolas, o incluso las de los bárbaros, nos habituamos a presentar dos mundos en parangón. Occidente es un concepto histórico resumido en la palabra libertad. Oriente es un concepto histórico que encuadramos en el término despotismo. La imaginación finge la convicción de que la historia se polariza en la antítesis **libertad occidental contra despotismo oriental**, que ya hacen circular los historiadores de nuestra Antigüedad.

La polarización no responde a una realidad de hechos. Occidente se describe como un conglomerado de pueblos, con aptitudes comunes. Es el mundo que heredamos de Grecia, Roma y de la victoria del Cristianismo sobre la filosofía alejandrina y el estado romano. Podemos afirmar, por tanto, que el Cristianismo es la forma de la civilización occidental.

Pero del lado de Asia no encontramos la misma unidad. El Cristianismo no podía expansionarse, en ese mundo heterogéneo, como forma de cultura, con la misma extensión e intensidad que adquirió siguiendo el eje del Mediterráneo. Los vasos capilares de la idea cristiana están dibujados por el sistema ganglionar de las sinagogas, en el cuerpo del mundo grecolatino. Occidente tenía una anatomía acabada. Era bajo el Imperio Romano, un mundo de personalidad relativamente homogénea. Oriente era un conjunto de entidades, discontinuo y heterogéneo, varios mundos de diversas personalidades a despecho de que el **hombre básico** sea el

mismo, en cualquier rumbo del sol. Los contrastes, en el aspecto sociológico, son culturales, además de ser raciales. La acción del paisaje y la reacción del hombre, para producir la diversidad de valores de experiencia, en Asia, están determinadas muy diferentemente a como lo están en Europa. En Asia es mayor el número de compartimentos aislados, por la Naturaleza misma.

Los mapas geográficos en que estén bien diseñados los relieves como las cartas climáticas y de suelo, nos permitirán abstraer las siguientes categorías empíricas: 1) Asia seca, 2) Asia húmeda y 3) Asia helada, con sus correspondientes áreas de transición. Elegimos los valores termométricos, porque son funciones de todos los demás valores.

Esas categorías, determinadas en los mapas actuales por las redes de isotermas e isoyetas, encierran áreas de vegetación específica, de bandas también de suelos específicos, que, en el orden de la vida humana, producen diferencias en la cohesión social, y, por tanto, distinciones del sistema institucional y en los modos de contemplar la existencia del hombre y de contemplar el mundo. Luego los acarreos culturales y las invasiones modificarán, en los períodos históricos, los sistemas institucionales.

Lo mismo que la geografía climática nos obliga a ver en lo que llamamos Asia, diferentes campos muy complejos, en el orden de la cultura debemos observar los desarrollos culturales que a cada uno corresponden. Descubriremos entonces, en la superposición de los productos humanos sobre los paisajes, cuatro conglomerados culturales, determinados por la cultura de los países áridos, la cultura de los países helados, la cultura de los países húmedos y la cultura de los grandes territorios que, por accidentes geográficos, es cultura sin apenas impregnación del exterior.

Por el método histórico, y haciendo la reserva de contar con las bandas de transición o de contacto, más o menos estrechas, hallamos las siguientes regiones culturales: Asia Menor, Asia Intermedia, India Mahometana, India Brahmánica y budista, Indonesia (con pueblos salvajes y cultos entreverados), China, Japón y nómadas siberianos.

En este panorama, China, con los países subsidiarios, ofrece el caso único de tener dentro de sus fronteras un pueblo gigantesco de quinientos millones de habitantes, determinado por una experiencia racial común, destacadamente representada por un sistema moral y un sistema de escritura para todos y que, además, como tal pueblo, y, en cierto modo, como estado, mantiene una rara continuidad con el pasado. Su historia es un episodio único en la experiencia de la especie, debido probablemente a causas geográficas. No hay ningún pueblo que pueda ofrecernos tal condensación ni unidad de cultura durante tantos siglos y sobre un ámbito terri-

torial tan dilatado. Puede enorgullecerse de ser una rara confederación de clanes, que le da esa maciza y casi inalterable personalidad, conservada a despecho de las vicisitudes políticas, a través de cinco milenarios. Hace poco, durante las guerras contra el invasor japonés, en los manifiestos políticos los caudillos levantaban los alientos populares recordando a los chinos que eran hijos de Huang-ti, el fundador de la nacionalidad, tan lejano que Julio César nos parecería de ayer nada más, en comparación cronológica.

La India no nos presenta un cuadro parecido. El mismo nombre político que se le da no es más que una generalización geográfica. Es un continente, con un contenido muy variable. Si en China el individualismo moderado por el colectivismo clánico es una expresión de conjunto, en la India lo más expresivo es el sistema de castas, que, en donde no se conserva con toda su presionante fuerza, mantiene todavía la substancia de un atavismo casi imborrable. En otras partes de Asia habrá clases sociales, que se componen en el rejuego de los clanes, en donde no hayan sido desbaratados; pero en la India sobre la clase está la casta. Se dirá que económicamente la división del trabajo, en áreas sobrepobladas, poniendo la responsabilidad del hombre más allá de sí mismo, le quitó la libertad y la puso bajo la voluntad de los dioses, fijando su participación en el mundo, a contar del instante de su nacimiento, a través de la casta. Nadie es responsable humanamente, en esta concepción. Quien nació entre los vencidos se resigna a vivir como vencido, procurando sólo, en lo íntimo, superar la fatalidad de las reencarnaciones. Pero hay que aceptar que la interpretación económica sobre el origen de las clases hace defraudación cuando el problema se estudia más a fondo. En la India, por lo menos, no la admiten sino muy pocos y esto por influjo de ideas importadas. Tampoco se reconoce que las castas sean sólo el resultado de la imposición de los conquistadores. Se discute asimismo si la milenaria rutina que ha cristalizado el sistema, procede de la herencia. Pero habría que preguntar si tales conclusiones hipotéticas son plausibles cuando en la India, que ha sido encrucijada de mil invasiones, es mucho más discutible que en China la unidad racial. La explicación ética, que es la que ha alcanzado mayor favor últimamente, es la de que el sistema de castas (admitido hasta por Gandhi) es un producto de la evolución cultural de la India, una evolución cultural que se fosilizó en un punto. Ese elemento fijador es, según los que dan esta interpretación, la peculiar y casi exclusiva doctrina hinda del sufrimiento, de que no escapó siquiera un reformador como Buda. Según esto, el paganismo de la India, que se integró en un sistema metafísico, a despecho de los impactos del musulmanismo, del cristianismo y del racionalismo industrial importado por los ingleses, es el causante

de esa perduración de formas de conducta y de una resignación tan expresiva, que ha sido capaz de obturar esa tendencia orgánica del hombre a impulsar su libertad individual, desafiando a los tiranos.

Sin insistir más en el punto, se distinguen, entre las fuerzas que han modelado desde lo interior y desde afuera a los pueblos que latamente llamamos asiáticos, la moral natural subordinada a lo más escueto de la religión natural, en China y Corea; el animismo que diviniza al estado y la patria, en el Japón; la dogmática pagana del politeísmo o el panteísmo de gran parte de la India; el mahometismo, en sus diversas sectas; el Cristianismo, por obra de los primeros misioneros católicos, de los nestorianos y de los protestantes; y, finalmente, del industrialismo, que, en muchas partes, ha deteriorado y perturbado los elementos de composición de las tendencias éticas y sociales primitivas.

En donde la industrialización de sentido moderno alcanzó su mayor desarrollo fué en el Japón. En menos de un siglo, su vida entera, su régimen institucional, todo, ha cambiado. La técnica industrial y mercantil de Occidente mostró a los japoneses que su exigua producción de alimentos, como problema permanente, podía resolverse con la organización del pueblo en un conglomerado industrial, que, por el intercambio mercantil, obtuviera los recursos de subsistencia. De un salto intentó subir a la misma posición que habían adquirido los pueblos formados por la cultura de Occidente. Fué una obsesión occidentalizarse rápidamente; el dogma nacional consistió en vencer el medio, con la fuerza de la personalidad, multiplicada tremendamente por el viejo animismo, impregnado del realismo individualista de los chinos, pero sin abandonar el culto de la patria y del estado. La destrucción del feudalismo, alcanzada en 1868, condujo a la idea del estado centralizado fuerte, pero la transacción con las castas guerreras vencidas, se trabajó con el instrumento de la concepción bismarckiana, empapada de luteranismo, del régimen parlamentario. Con esto, el Japón, en sus excepcionales cualidades social y de cultura para realizar el experimento, logró hacer una revolución sin par.

Produjo un ejemplo que en seguida concretó una afirmación entre los chinos, los hindos, los diferentes thays y los malayos y euroasiáticos más en contacto con los europeos. Y esa afirmación fué: No es cierto que seamos inferiores a nadie. No constituímos variedades particulares del género humano. Somos capaces de hacer lo mismo que ha hecho el Japón.

El Imperio de las Islas era admirado. Se ansiaba que creciera en potencia, porque se confiaba en que el hermano del Nordeste obraría como ángel vengador de los pueblos asiáticos. La idea

democrática, que se veía en ascenso en ese Sol Naciente, brilló en muchas conciencias.

Los nacionalistas de China, Indonesia, Siam, Birmania, Malaca, Indochina y la India, en ese despertar obraban muy parecidamente, en su idealismo combatiente a como lo hicieron los nacionalistas europeos de mediados del siglo XIX. Se introducía de cierto el humanismo occidental. Pero, como obstáculo, más marcadamente en unos que en otros, se presentaba el peso de las seculares tradiciones, retardaba la inercia de la rutina, oponían frustraciones la miseria, el exceso de población, las condiciones del suelo en muchas partes. En la India, las dificultades eran mayores que en otros territorios. Los mahometanos se segregaban de los hindos, por muchas causas, entre ellas la de que su área cultural se desarrollaba más cercana a las corrientes persas que la del área cuyo eje es el Ganges.

Sin embargo, con todos los entorpecimientos de diversa índole que podamos señalar, no es exagerado ni atrevido afirmar que en los últimos tres cuartos de siglo, en Asia entera, desde el Bósforo hasta el Japón, ha estado abriéndose paso el principio de reconocer que el hombre es uno, en su dignidad, en su responsabilidad y en su libertad. La moral natural resplandece por encima de todas las tendencias. Es universal.

Un momento se alzó el asianismo del Japón, imperialista, armado, con impulsos de conquistador. Las luchas del nacionalismo chino, movidas por los tres principios del pueblo, del Dr. Sun Yat-Sen, recogieron las simpatías y se propagaron anchamente. Ahora, aparece el pansovietismo, que no podrá impregnar, por su contenido, las conciencias de esos pueblos, porque es contrario a lo hondo de sus aspiraciones y hasta inasimilable a las determinantes económicas. Por eso, la voz de Nehru, desde el histórico congreso de Delhi, convoca a unirse todos, en defensa de la democracia, de la democracia de libertad propia de **hombre básico,** de ser creado, no de ser administrado y planificado. El viejo ideal de Occidente acelera el crecimiento del ideal del Oriente. Vamos a implantar un principio común de humanidad.

Un día muy distante, en los alcores de la historia, la cultura y los productos de las ideas de cooperación social cada vez más depuradas, avanzaron desde Mesopotamia, el Nilo y quizá el Indo, hacia el Mediterráneo. El Cristianismo puso en acción los más profundos valores del hombre. Pero desgraciadamente, la criatura humana, porque es libre, sublimemente libre, en su lucha con el medio, quiso poseer la libertad absoluta. Identificó su yo con el mundo; creó el panteísmo del Yo. En reacción contra esos exce-

sos, apareció la idea brutal de que el hombre debe ser una molécula del gigantesco organismo que se llama el mundo. Pero nos legará algo, al fin y al cabo, porque comprenderemos a la postre que somos libres, pero libres dentro de reglas humanas de responsabilidad y libertad. El Oriente, que reclama la colaboración del hombre dentro del grupo, sin rendirse al grupo, o someterse al organismo inanimado que huella y mira, recibe ahora, en su rumbo, lo mismo que hace cerca de treinta siglos recibió Occidente, en la otra dirección.

Juan Andrés Lliteras

Los problemas del dinero

POR qué hablar de los problemas del dinero —se dirá— cuándo todo el mundo sabe que no hay más que uno sólo, que es carecer de él? Pues bien, yo quisiera persuadir a cuantos me escuchan que no hay error más ingenuo y peligroso para el hombre contemporáneo que pensar de tal manera; y que ese error ha costado más sufrimientos y miserias, "más lágrimas, más sudor y más sangre" que todas las guerras juntas.

Aunque cada caul no piense más que en el suyo, el dinero moderno es de todos; porque de cosa se ha convertido en número; de mercancía, susceptible de guardarse y atesorarse, ha pasado a ser, por el anverso crédito; por el reverso, deuda; en suma, relación matemática y, por lo tanto, abstracción. Y un dinero semejante tiene por necesidad que ser y de hecho resulta administrado y dirigido por los gobiernos y las autoridades financieras, cuyo conocimiento de su verdadera índole y discreción en el manejo del mecanismo, no siempre ha sido acertado, sino más bien, todo lo contrario: como lo demuestra la trágica experiencia monetaria de los pueblos europeos y asiáticos después de las dos grandes guerras de este siglo.

El dinero actual —¿quién no lo sabe?— no es riqueza, sino el instrumento de que nos valemos para formarla, medirla y atesorarla, en una palabra, para contabilizarla; indispensable, por tanto, en el cambio de la riqueza, en sentido dinámico y no menos necesario como medida para tomar'e las proporciones cuando la contemplamos, estáticamente en forma de ahorro, de inversión o de renta. El dinero, todo dinero, como patrón, constituye, pues, unidad de medida económica; y es, en tal sentido, "dinero de cuenta" (money of account), como dicen los ingleses, asunto de números; por lo cual no tiene que tener, ni tiene, existencia física.

Aunque esto parezca extraño y hasta sorprendente a cuantos estamos acostumbrados a tener por moneda a esos discos de metal que tintinean alegremente en el bolsillo, bastará, creo yo, para convencernos de la verdad de lo dicho, recordar que junto a esas monedas metálicas, que desde antiguo suelen llamarse fragmentarias, porque son partes o fragmentos de la unidad, solemos utilizar, aún en las transacciones cotidianas y menudas, otras monedas de papel, bastante menos bellas y decididamente más sucias, que tienen no obstante un valor infinitamente mayor, porque representan a la verdadera unidad monetaria o a multiplicandos de ésta. Piénsese si no en la distancia que media entre un centavo reluciente y nuevo y un billete de mil pesos por viejo y desvaído que sea. Puesto a elegir, un salvaje se quedaría sin vacilación con el primero. Nosotros, en cambio, optamos por el segundo. ¿Por qué? No por la forma sustancial del billete, decididamente, sino por lo que representa. Pero por lo que representa, ¿en qué? ¿En metal? De ninguna manera, ya que nadie ignora que con ese billete se pueden comprar en el mercado de metales, lingotes de plata de mayor peso y mejor ley que los discos que nos ofrecerían en la Tesorería a trueque del mismo. Si aceptamos y preferimos el billete es por otra cosa: por lo que representa en riqueza, en los artículos, bienes y servicios que sirven para satisfacer nuestras necesidades; o, lo que es más, nuestros caprichos, nuestros lujos y nuestras ambiciones.

Así se explica que ciertas monedas no hayan sido jamás acuñadas, ni impresas siquiera en papel, como la "guinea" inglesa; moneda de pura cuenta en que por alguna tradicional y misteriosa razón que no he podido averiguar, prefieren cotizar sus paños y sus servicios los sastres de Bond Street.

¿Y qué decir del cheque, la verdadera moneda de nuestro tiempo, que ha venido a desplazar en la economía moderna, en volumen e importancia, al billete mismo; y que de igual modo se puede extender por un peso que por un millón, a medida de la conveniencia y de las disponibilidades, desde luego, de quien lo emite?

¿Es dinero el cheque? Técnica y legalmente habría que decir que no. La entrega de un cheque no solventa una deuda hasta que se haga efectivo, es decir hasta que se convierta en dinero. Pero, ¿qué duda cabe que económicamente lo representa y lo es y que desempeña idéntica función que el billete de banco o la moneda fiduciaria o de papel?

En ésto, pudiera decirse, no hay secreto. Todo cheque tiene que pagarse alguna vez en dinero y no pasa de ser una especie de certificado que sirve para traspasar el que ha sido previamente

depositado en algún Banco. Pero no es así. Lo cierto es que sólo una mínima parte de los cheques que se giran en el proceso de la circulación de la riqueza, llega a convertirse jamás en dinero. Y todo el dinero del mundo, tanto el metálico como el de papel, acuñado o impreso por los gobiernos, no alcanzaría para pagar más que una proporción muy pequeña de los cheques que podrían girarse contra los depósitos de los países civilizados.

Lo cual significa, lisa y llanamente, que la mayor parte del dinero que aparece en los balances como depositado en los Bancos, no existe. No existe físicamente, desde luego. Y no tiene por qué existir. Está en la contabilidad de esos Institutos y con ello basta. Ya no se acuñan ni imprimen más que las monedas y billetes indispensables para la circulación. Porque, lo diré una vez más, el dinero de hoy es fiduciario y representativo, asunto de números y no de especies. Hasta ayer era "contante y sonante". Hoy ha quedado en "contante" nada más. Pero lo que ha perdido en sonoridad, lo ha ganado, sin duda, en eficacia. A tal punto que puede afirmarse que la actual organización industrial de los pueblos de Occidente, no hubiera sido posible con una moneda física.

Las características de este dinero peculiar, engastado en la existencia del hombre contemporáneo, pudieran resumirse del modo siguiente:

1.—Abolición del oro en la circulación interna (inconvertibilidad).

2.—Supresión de la libre acuñación y del mercado libre del oro.

3.—Empleo de la plata y otros metales casi exclusivamente en las monedas fragmentarias.

4.—Sustitución de los metales preciosos por billetes.

5.—Utilización creciente del "dinero bancario", es decir, del cheque, en la circulación.

6.—Reducción, y aún supresión, de las reservas metálicas de los bancos centrales.

7.—Utilización del metal para fines exclusivos de estabilización; y

8.—Empleo del instrumento monetario como medio de fomento nacional, como arma comercial; y, a ocasiones, como procedimiento confiscatorio.

De estas características se derivan, forzosamente, las consecuencias que siguen:

a) El oro ni circula ni se ve. Su destino, como ha dicho Lord Russell, es ser extraído de las minas del Transvaal y del Rand por negros bárbaros y semiesclavos, para que luego lo vuelvan a enterrar en Fort Knox soldados norteamericanos.

En ésto se parece a la moneda de un pueblo primitivo; a los "fei" de los aborígenes de las Islas Carolinas, enormes rodajes de piedra que, aún después de perdidas en el mar, continúan desempeñando su función en los cambios, sin que nadie se cuide de que resulten inaccesibles.

Y no cabe duda de que si por algún movimiento sísmico, la tierra literalmente se tragara el tesoro fabuloso de Fort Knox y éste desapareciese para siempre, semejante cataclismo no afectaría la riqueza de los Estados Unidos ni mermaría un ápice el valor y el prestigio del dollar.

b) Desaparecido el oro, el billete, en forma de divisa extranjera, ha venido a ocupar su lugar en las reservas de los Bancos de Emisión.

c) El cheque (que no es dinero) desplaza al billete, no sólo en las transacciones mayores, sino en la circulación cotidiana, y pasa al primer rango de los cambios.

d) El dinero privado (bank money, dinero bancario, crédito o como se le quiera llamar) destrona al dinero oficial ("currency", circulante o moneda) símbolo hasta ayer de la soberanía de los Estados. El privilegio de la acuñación y emisión de moneda deja de ser primordial en la coyuntura económica y política. Porque cada vez que un Banco hace un préstamo, forma un depósito y, por lo tanto, crea dinero. Cuando entrega una libreta de cheques, su acto equivale a una emisión monetaria. Las leyes no regulan tales emisiones. No dicen cuándo ni cuánto deben prestar los bancos privados. Y, lo que es más importante, no dicen para qué. El poder político ha dado paso al poder financiero. Y el poder financiero es autárquico y anárquico. No está sujeto en su facultad creadora o destructora de dinero (otorgamiento o cobro de préstamos) más que a los resortes indirectos que ponen en función los Bancos Centrales mediante las variaciones en el tipo del descuento y las operaciones en mercado abierto.

e) De este modo el dinero se crea indistintamente tanto para la función productiva y circulatoria de la riqueza, que constituye su tradicional misión, como para propósitos meramente especulativos y transacciones de Bolsa. Jugar a los dados constituye una contravención y se pena con multa. Jugar con dados cargados es estafa, y lleva a la cárcel. Jugar en Bolsa resulta, en cambio, función lícita. Y jugar y ganar que, fuera de los casos de pura suerte, equivale a rodar dados cargados, hoy se llama alta finanza, y comporta todos los honores con que premia a sus predilectos un mundo inclinado ante el culto de Mamón.

f) En el fenómeno especulativo, conviene aclararlo, los valores, raras veces, guardan relación con la productividad de las

empresas. El dinero creado en la vorágine especulativa, carece con frecuencia de respaldo físico suficiente en términos de capital: fábricas, ferrocarriles, minas. Pero las ganancias, una vez consolidadas, sirven para comprar todas estas cosas. El edificio desmesurado de crédito que se levanta así, sin bases de inversión real, tiene que desplomarse. Por eso ha dicho un economista francés que la humanidad se salva por la bancarrota. La bancarrota, como la quinina, quita la fiebre. Lo que no siempre quita, son los efectos de la enfermedad que la produce.

g) Como el dinero que crean los Bancos privados no es moneda ni billete sino crédito, el dinero propiamente, el oficial sólo existe en mínima proporción. Esto se pone de manifiesto comparando las cifras de las emisiones de dinero con las de los depósitos bancarios en cualquier país organizado financieramente. En Estados Unidos o Inglaterra el dinero acuñado o impreso por el Estado o por los Institutos de Emisión no suele pasar del 10% de los depósitos totales de los Bancos.

h) Este hecho patentiza más que otro alguno, el carácter abstracto, fiduciario, representativo y de pura cuenta que reviste el dinero de nuestra época. La metamorfosis que en pocos años y ante nuestros propios ojos se ha producido del "dinero-mercancía" (oro o plata) y del dinero "certificado de almacén" (billete pagadero en especie) hacía el dinero irredimible, nominal y semántico, que han dejado en su rastro las dos Grandes Guerras, constituye uno de los fenómenos más interesantes y reveladores de la idiosincrasia íntima del alma contemporánea. Examinada desde el punto de vista de la dialéctica materialista delata, sin duda, una forma de super-estructura, que parece exigir inexorablemente la mecánica de la producción actual. El moderno capitalismo con sus cifras descomunales de centenares de miles de millones en deudas, ingresos e inversiones, no podría ciertamente funcionar con ninguna moneda física. Pero si se contempla este proceso desde otro ángulo, si se le toma perspectiva espiritual y filosófica, da la medida cabal del hombre que ha ido formándose desde el Renacimiento y la Reforma hasta nuestros días; aquel que otrora concibió el número infinitesimal y la contabilidad por partida doble y hoy parece querer sellar su destino con la relatividad y la fisión atómica.

Y ¿cuáles son propiamente los problemas de este nuestro dinero? Podemos dividirlos en dos categorías: nacionales e internacionales. La teoría y la práctica monetarias de estos tiempos ha sido enderezada, en el orden nacional, a un doble propósito. Por una parte, a asegurar el máximo empleo y la producción

máxima. Por otra, a evitar las repercusiones desfavorables que pudieran producir en lo interior, las crisis económicas externas.

Teóricamente se ha adelantado mucho en esta rama de la economía. Durante los últimos veinte años, atraída la atención de los economistas por los trastornos monetarios de la interguerra y ante la urgencia de problemas que reclamaban inmediata solución, se ha llegado a un conocimiento de los fenómenos monetarios que hasta ayer resultaba insospechado. Y aunque estamos lejos de haber alcanzado la concordancia perfecta entre los técnicos, aún en aspectos fundamentales de la materia, no cabe duda que la vieja teoría cuantitativa se ha perfeccionado, estableciendo relaciones más precisas entre variables que antes andaban un tanto inconexas, tales como el volumen del dinero y del crédito, la velocidad de circulación, la inversión, el empleo, el interés y la renta.

Y en la práctica se ha superado el antiguo fetichismo de la paridad inflexible de los cambios y de las reservas estériles de oro, adoptándose una política más ajustada a las necesidades reales de la economía, cuyo fin primordial es el fomento de la riqueza; y que sólo contempla, por lo tanto, en plano secundario, el equilibrio de las divisas y los niveles de precios en los diversos países.

El acento, como se ve, se ha puesto en lo nacional, pero en ello sin duda se ha errado por exceso. Seducidos por las potencialidades al parecer ilimitadas del nuevo instrumento monetario, estadistas y políticos han abusado de él en funciones que no les son propias; o, lo que es lo mismo, para obtener ventajas en el comercio internacional a expensas de los de fuera, sin tener en cuenta el daño que hacían ni las represalias que sus actos necesariamente tenían que concitar. De esa suerte a los muchos males que ya habían acarreado las prácticas viciosas de los aranceles desmesurados, las cuotas, subvenciones, trueques bilaterales, etc., se han venido a añadir, en tiempos recientes, las devaluaciones sucesivas, los cambios múltiples, fondos congelados y demás artificios de índole puramente monetaria.

En la esfera internacional el problema que más ha venido preocupando, no sólo a los gobernantes y banqueros, sino a los comerciantes e industriales y aún a los particulares, es el de la falta de una moneda supranacional, capaz de realizar la función que antaño desempeñaba el oro. Ese problema, que ya antes de la guerra se había agudizado, a virtud precisamente de las manipulaciones monetarias a que antes he aludido, ha asumido proporciones críticas en estos últimos años, a extremo tal que la situación que hoy prevalece no se puede calificar más que de

caótica. La afluencia de la mayor parte del oro a los Estados Unidos, durante el pasado conflicto mundial, ha hecho perder toda esperanza de que el precioso metal pueda recobrar sus viejos prestigios. Con la sepultura del oro en territorio norteamericano, el patrón oro ha quedado definitivamente liquidado. Lo único que antes lo hacía valioso era el ritmo pausado de su producción (que alguna vez llegó a alarmar) y su distribución armónica entre los principales centros financieros. El equilibrio que prevaleció antes de 1914 no pudo resistir el impacto de dos guerras gigantescas; y una vez roto es vano todo intento de restablecerlo.

¡Cualquiera convence a nuestros vecinos de la redistribución que, sotto voce, se ha venido insinuando! Como que treinta años después de la primera guerra mundial, el cobro de las reparaciones y de las deudas interaliadas todavía constituía el tópico favorito de los políticos del Norte — de los mismos políticos que habían hecho imposible el pago de tales deudas con el arancel Hawley Smoot!

Entonces ¿qué hacer? En eso estamos. Los procedimientos de la interguerra, fondos de estabilización, controles de cambios, convenios tripartitos, solo dieron mediocre resultado. Verdad que el mundo luchaba contra una crisis única en intensión y extensión. Pero la misma crisis se debió, en no pequeña medida. a la ignorancia del mecanismo monetario y a su abuso ostensible.

Los esfuerzos previsores de la Conferencia Monetaria de Bretton Woods han fracasado lamentablemente. Ahí están, ociosos, con varias decenas de miles de millones de pesos a su disposición, el Fondo Monetario y el Banco Mundial. El Plan Marshall nos va remediando. Pero no pasa de ser un parche, que evita, por el momento, que escapen los vientos de la inflación. capaces de desatar la tempestad. La Organización Internacional de Comercio, concebida en La Habana el año pasado, no satisface a nadie; y no ha sido ratificada ni aún por los Estados Unidos, su más enérgico propulsor.

¿A dónde vamos, pues? Nadie lo sabe. El mundo aprende despacio. Pero sabe hoy más que ayer de estas cosas y no se deja postrar por el desaliento. Aún confía en la tenacidad y el buen sentido de los anglosajones, en lo que ellos llaman el "sentido de caballo". y muy particularmente en la asombrosa capacidad productiva y la generosidad práctica de los Estados Unidos.

Nosotros. por nuestra parte, tenemos que conformarnos con aventurar, provisionalmente. y no sin cierta timidez, las siguientes conclusiones, que parecen derivarse sin violencia lógica de los hechos y consideraciones expuestos en el curso de esta charla:

1.—En un mundo estrechamente integrado en el orden económico, como el actual, los problemas monetarios, al igual que todos los problemas de intercambio comercial, sólo se pueden resolver en escala supranacional. Así como en el orden político el nacionalismo es el supremo obstáculo a la paz, en el orden económico constituye un impedimento insuperable a la riqueza y bienestar de los pueblos.

2.—Puesto que el crédito, especialmente el crédito bancario, ha venido a sustituir al dinero propiamente dicho como medio de cambio, la solución está en la organización internacional o supranacional del crédito.

3.—Habida cuenta de que el crédito es no sólo un medio de cambio, sino a la vez un instrumento del trabajo, del ahorro y de la inversión, esto implica necesariamente una fluidez perfecta de mercancías, técnicas, capitales y energías humanas, sin estorbos ni impedimentos de barreras nacionales.

4.—Tales propósitos sólo se pueden lograr, desde luego, mediante un sistema que se acerque mucho al del libre cambio, en el sentido más amplio, lo cual conlleva el abandono de casi todos los conceptos sobre la autarquía y soberanía de los Estados, que ha venido cultivando la humanidad desde hace varios siglos, particularmente a lo largo del siglo diez y nueve y lo que va del actual.

5.—Y como todo cuanto queda dicho es difícil si no imposible a menos que el hombre cambie su postura frente al hombre, o sea, la idea que tiene de sí mismo y de Dios, tenemos que llegar a la conclusión de que mientras no se modifique el espíritu materialista que hoy prevalece, llámese capitalismo, socialismo o comunismo, la sociedad moderna no podrá disfrutar plenamente de las grandes riquezas que ha acumulado en forma de capitales durante los últimos ciento cincuenta años, ni lograr precisamente ese bienestar material que constituye al parecer su única preocupación; y que, por primera vez en la historia, está realmente a su alcance.

•

Calixto Masó

Evolución de la idea socialista

LA historia de estos últimos años, se desarrolla en torno a ciertas ideas, como democracia, libertad, individualismo y socialismo, que por lo general, ponemos al servicio de nuestras ambiciones y de nuestros intereses.

Todos los Estados mantienen su condición de democráticos y ninguno se declara enemigo de la libertad. Pero no sucede tal cosa con el Capitalismo y el Socialismo, vocablos que al parecer son alérgicos a ciertos grupos humanos, pues entre las clases llamadas burguesas, existe cierto temor al Socialismo, mientras que el proletariado, no oculta su fobia contra el Capital.

A nuestro entender, esto obedece más bien a intereses políticos que a realidades históricas. La Unión Soviética, es un país en que el capitalista lo es el Estado, mientras que por el contrario, todo régimen individualista, que no linde con la anarquía, necesita para subsistir, de regulaciones más o menos socialistas.

El Socialismo, como hecho, aparece desde el instante en que se constituye la sociedad, pues tanto las leyes, como la organización social, siempre tienen como finalidad, la protección de algún interés colectivo.

En las agrupaciones primitivas, la sociedad nunca llegó a constituir un verdadero organismo, y la vida social existe, como un reflejo de la personalidad del jefe, pues los esclavos, estaban supeditados al señor, los siervos al noble y los súbditos al monarca absoluto.

Pero el perfeccionamiento de la sociedad y por ende del Estado, determinó la intensificación del Socialismo.

En la sociedad actual, el individuo posee mucha más independencia que en épocas anteriores, pues no es posible comparar la

situación del ciudadano, con la del esclavo, del siervo, ni del súbdito.

Además, aunque parezca contradictorio, en muchos aspectos el hombre contemporáneo, depende más de sus semejantes, de modo que, en síntesis, podemos afirmar que, a mayor libertad, se requiere un Estado mejor organizado, y que mientras más compleja sea la vida social, se hace más necesaria su intervención.

Todo esto explica, el auge de la idea socialista, que en su evolución en la Edad Contemporánea, ha pasado por diversas etapas.

El Socialismo utópico de Saint Simon, Fourier y Owen, no tenía contenido político, pues aunque el Falansterio puede identificarse con la comunidad local, aquellos utopistas esperaban más del principio de la perfectibilidad humana, que de la acción coercitiva de los poderes del Estado. Pero la realidad histórica demostró, que el Socialismo, como decía Luis Blanc, necesitaba convertirse en una doctrina política y tal criterio fué ampliado por Carlos Marx, en el sentido de que la política socialista tenía que ser proletaria, desarrollándose de este modo, los postulados de lo que ha dado en llamarse socialismo científico.

En el marxismo, se encuentran las principales características del Socialismo contemporáneo, pero la doctrina de Marx y Engels, ha contribuído a mixtificar la idea socialista, ya que tanto la concepción materialista de la historia, como los postulados de la lucha de clases y la dictadura del proletariado, no pueden considerarse como fundamentos del socialismo, sino que en realidad, sólo constituyen la base ideológica y la táctica de lucha, del proceso revolucionario marxista.

El Internacionalismo, consecuencia del conocido lema de Marx, presenta ambos caracteres, pues no es solamente táctica de lucha, sino que también constituye uno de los aspectos principales del socialismo, que desde 1848 hasta nuestros días, muchas veces ha actuado como movimiento anti-nacionalista.

El fracaso de Marx, en aquella época, se debe fundamentalmente a que las revoluciones de 1848, salvo excepciones, estuvieron inspiradas y alentadas por el nacionalismo. La guerra franco-prusiana, intensificó el sentimiento patriótico de las masas y debilitó la primera internacional. En la primera guerra mundial, el internacionalismo sucumbió ante la exaltación patriótica provocada por el conflicto bélico y hace pocos años, hemos presenciado el hecho de la disolución del Komintern, en la segunda guerra mundial.

El carácter internacionalista del comunismo soviético, que es algo muy diferente al Socialismo, está rebasando la etapa nacio-

nalista, pues en estos últimos días, se ha planteado nuevamente a las masas proletarias del mundo, el dilema trágico de nacionalismo o internacionalismo.

También el marxismo, aprovechando las ideas de los socialistas utópicos, dió a esta doctrina contenido económico, y en este sentido, la concepción materialista de la historia y el postulado de la lucha de clases, contribuyeron a acentuar este carácter del Socialismo, permitiendo, al mismo tiempo, el desarrollo de un Socialismo de tipo nacionalista.

El propio estado soviético, con la etapa de la industrialización socialista, que se inicia desde la Nueva Política Económica, supeditó el principio internacionalista del marxismo, a la necesidad muy lógica, pero también muy nacionalista, de consolidar el país soviético, y tanto el Nazismo alemán, como el Fascismo italiano, aunque con distintas ideologías, representan también aspectos diferentes de este carácter, nacionalista y económico, del Socialismo contemporáneo, una de cuyas últimas fases la constituye en nuestros días, la actitud del Mariscal Tito, frente al incipiente internacionalismo que representa en la post-guerra el Comiform.

Finalmente, las dos últimas guerras, han contribuído a precisar con mayor claridad, el verdadero carácter de la idea socialista, no sólo porque todo conflicto bélico desarrolla los poderes del Estado, sino porque la tecnificación y la serie de problemas derivados de los mismos, han obligado a todos los países a implantar medidas de seguridad social y a intervenir, cada vez más efectivamente, en la regulación de las relaciones humanas.

El mundo actual, siente la necesidad de modificar su forma y su organización, ya que ni el liberalismo, ni el socialismo, integralmente aplicados, resuelven la crisis.

La sociedad no puede permitir la libertad absoluta en lo económico, pues en definitiva el egoismo, hace que el hombre arruine y explote a los demás hombres, acumulándose las riquezas del planeta en algunos individuos y en algunos Estados. Pero tampoco puede sacrificar la libertad, pues el ser humano, necesita de cierta independencia personal, de cierta esfera de acción propia, sin la cual la existencia carece de incentivo.

La realidad, es que el hombre contemporáneo ha ido perdiendo la fe en las ideas, pues se le habla de liberalismo económico y observa que en la práctica, la humanidad se divide en explotadores y explotados. Se le habla de democracia burguesa o proletaria y observa que la democracia casi nunca es el gobierno de los más, sino de los más hábiles y de los más fuertes. Se le habla de igualdad de oportunidades y efectivamente, sólo disfrutan de ellas unos pocos. En síntesis, poseemos una hermosa serie de con-

ceptos y de teorías, que muy poco se aplican, pues tanto en lo nacional, como en lo internacional, rige la primitiva ley del más fuerte.

Y esta situación no puede remediarse con el individualismo, ni con el régimen de libre empresa, que garantizan la libertad económica de unos a expensas de la libertad personal y del bienestar de los más. Pero la solución no puede hallarse en los regímenes comunistas, en que a expensas de la libertad, tampoco se obtiene la seguridad social.

Por eso el mundo, ante la necesidad de que el Estado intervenga en los conflictos de carácter colectivo, se orienta hacia el Socialismo.

Lo que sucede, es que, la idea socialista, al convertirse en doctrina política, se ha ido mixtificando por las aspiraciones de los partidos socialistas y por las alternativas históricas de la Edad Contemporánea, pues del mismo modo que se habla de democracia burguesa, de democracia proletaria y de democracia a secas, cosas completamente diferentes, cada grupo da al Socialismo, la acepción que más conviene a sus intereses de clase.

Aunque existe un Socialismo revolucionario, no puede identificarse, la idea socialista, con la revolución social.

La revolución es un fenómeno esencialmente político, utilizado en todas las épocas y por todos los hombres, pero como dice Macdonald;

> "una transformación que tiende a reorganizar el proceso de "producción de la riqueza y del comercio nacional e inter- "nacional, que aspira a establecer un sistema de justicia, "fijando las relaciones entre servicios y recompensas y que "viene a terminar con la organización económica, que con- "centra demasiadas riquezas a un lado y demasiadas mi- "serias a otro, no es una transformación de aquellas, a que "las revoluciones pueden prestar ayuda" (91 y 92).

El Socialismo, implica necesariamente la transformación de la Sociedad, pero no requiere métodos violentos, por lo que conviene distinguir lo que es Socialismo y Revolución, pues este último concepto:

> "indica un cambio repentino y violento".

El Socialismo ruso, que más bien debía llamarse Sovietismo o Comunismo soviético, ha aplicado y aplica actualmente métodos revolucionarios, mientras que el Socialismo inglés, ha producido en la práctica, una verdadera transformación en este país, por medio de procedimientos democráticos y parlamentarios.

El Socialismo tampoco puede identificarse con la Dictadura, gobierno de carácter personal, que en la práctica anula todos los poderes y organismos del Estado, por lo que, a nuestro entender, ambos conceptos se excluyen mutuamente; de ahí que la dictadura del proletariado, no sea otra cosa, que una táctica de lucha del marxismo revolucionario, que conviene distinguir de la idea socialista, ya que no es lo mismo ampliar los poderes del Estado, que adquirir su absoluto control, por medio de un grupo o de una clase dominante.

La lucha obrera por sus reivindicaciones, no es el Socialismo, sino un aspecto de la lucha de clases, táctica que tampoco es exclusivamente proletaria, como lo demuestra en nuestro país, la tendencia hacia la sindicalización o a la agremiación, por medio de Colegios, de las clases profesionales. Pero la intervención del Estado en esos conflictos y su regulación, ya que afectan a la esencia misma de la colectividad, si pueden y deben incluirse dentro de la idea socialista.

La concepción materialista de la historia, cuya importancia en el desarrollo del Socialismo y de la propia ciencia histórica, no pueden desconocerse, no es una característica de la idea socialista, sino un postulado de la filosofía marxista, que en definitiva se ha convertido en dogma del comunismo soviético. De modo que el Socialismo, no es el marxismo ni el comunismo y mucho menos el Stalinismo.

El Socialismo, no quebranta la libertad, cuya garantía se fundamenta en la legislación, que siempre la limita. A lo que aspira el Socialismo, es a que, la libertad en la manipulación de los medios de producción, no se traduzca en perjuicios para el conglomerado social. Finalmente, la idea socialista no excluye a la religión, como lo demuestran las Encíclicas de León XIII y Pío XI, que admiten la intervención del Estado en los conflictos colectivos, que favorecen la concertación de los contratos de Trabajo, que consideran "vergonzoso tratar a los hombres como bienes muebles y como medios de ganar dinero" y que, alentando la legislación social, mantienen la necesidad de disminuir las horas de labor y asegurar a los trabajadores, un jornal familiar.

En síntesis, a modo de conclusión:

Primero: El Socialismo, es la intervención del Estado en los conflictos colectivos, aunque la doctrina socialista también aspira, a la regulación de las relaciones humanas, de manera que sea posible la mejor distribución de las riquezas y la obtención de una verdadera justicia social. Todo lo demás, sólo son tácticas y métodos de lucha del Socialismo, como doctrina política o revolucionaria.

Segundo: La intervención del Estado en los conflictos colectivos, que algunos se resisten a admitir, se encuentra mucho más justificada, que las regulaciones de la vida civil, pues un problema sobre una herencia o sobre la posesión de unos terrenos, sólo interesa a las partes en litigio. Una huelga de transportes, la especulación de un capitalista a expensas de los salarios de sus trabajadores o del precio de las mercancías, y la paralización de una industria, afecta a toda la sociedad.

Tercero: La intervención del Estado y la regulación de las relaciones humanas, deben de ser mínimas en lo espiritual y máximas en lo económico.

Cuarto: Finalmente, hay que admitir, que si la caridad fué una solución en épocas pretéritas, la justicia y la seguridad social, son las únicas soluciones de nuestros tiempos.

BIBLIOGRAFIA

J. Ramsay Macdonald. Socialismo. Colección Labor.

Carlton J. H. Hayes. Una Generación de Materialismo. Espasa-Calpe S. A. Madrid. 1946.

Joseph A. Schumpeter. Capitalismo, Socialismo y Democracia. Editorial Claridad. Buenos Aires. 1946.

Carlos Marx y Federico Engels. El Manifiesto Comunista, con una introducción histórica por C. Andler. Madrid. 1906.

León XIII. Reruum Novarum, Carta Encíclica de León XIII. Doctrina social católica por Alberto M. Artajo y Máximo Cuervo. Colección Labor. Pág. 39 a 93.

Pío XI. Quadragessimo Anno. Carta Encíclica de Pío XI. Doctrina social católica. Por Alberto M. Artajo y Máximo Cuervo. Colección Labor. Pág. 97 a 156.

Calixto Masó. Lecciones de Historia Contemporánea. Habana 1944-1947.

Heinrich Herkner. La Economía y el movimiento obrero (1850-1890) Historia Universal de W. Goetz. Tomo VIII.

Historia del Partido Comunista (Bolschevique) de la URSS. Moscú 1939.

IDEAS Y PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO

CURSO INAUGURAL - SEGUNDA PARTE DEL PROGRAMA (RECTIFICADA)

13. Abril 3	a)	Los problemas raciales de nuestro tiempo..................Dr. Fernando Ortiz
	b)	Las nuevas orientaciones del Derecho.....Dr. A. S. de Bustamante y Montoro
14. Abril 10	a)	Varona y su proyección sobre la Cuba de hoy.............Dr. Elías Entralgo
	b)	Situación de las pequeñas nacionalidades..................Dr. E. S. Santovenia
15. Abril 17	a)	La cultura y las conquistas sociales..................Dr. L. González del Campo
	b)	Actuales desorientaciones en la literatura hispanoamericana..Dr. Luis Alberto Sánchez
16. Abril 24	a)	Problemas del niño y del adolescente........................Dra. Piedad Maza
	b)	Nuevas orientaciones de la Educación...................Dra. Dulce M. Escalona
17 Mayo 8	a)	Las nuevas teorías físicas..........Dr. Manuel Gran
	b)	La formación moral...............Dr. José Russinyol
18 Mayo 15	a)	El existencialismo..............Dr. Humberto Piñera
	b)	Orientación de las juventudes......Dr. Medardo Vitier
19 Mayo 22	a)	La filosofía neoescolástica........Dr. José I. Lasaga
	b)	La democracia social cristiana...Ing. Gastón Baquero
20 Mayo 29	a)	Problemas actuales de la Medicina...............Dr. Pedro Iglesias Betancourt
	b)	Orientaciones de la Psiquiatría..Dr. René de Lavalette
21 Junio 5	a)	El deporte en nuestro tiempo...Dr. Luis Amado Blanco
	b)	Problemas de la herencia biológica........................Dr. Antonio Ortega
22 Junio 12	a)	De Unamuno a Ortega y Gasset..Dra. María Zambrano
	b)	La nueva estética.................Dr. Luis A. Baralt
23 Junio 19	a)	La higiene social.............Dr. J. Chelala Aguilera
	b)	Valoración actual de las Humanidades.................Dra. Vicentina Antuña
24 Junio 26	a)	La actual expresión literaria.......Dr. Juan J. Remos
	b)	Resumen del Curso.................Dr. Jorge Mañach

NOTA: El sábado 16 de abril, la **UNIVERSIDAD DEL AIRE** trasmitió la Sesión de Conclusiones del IV Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana, en la cual participaron principalmente el Dr. Raimundo Lazo, Presidente del Congreso, el Dr. Mañach como Director de la Universidad del Aire y los congresistas Sres. Américo Castro, Antonio Castro Leal, Mariano Picón Salas y Julio Jiménez Rueda.



Distribución exclusiva:

OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.